

EL LABERINTO DEL MINOTAURO





Dirección y edición:
Ramón Medina Arteta
Katleen Marún Uparela
Diseño y diagramación:
Omar Pineda
Ilustración de portada:
Adrián Castilla

Ilustraciones interiores:
Hélène Pineda
Adrián Castilla
Omar Pineda
Ilustración tabla de contenido:
Raúl Ballesteros

En este número participan:
Raymundo Gomezcásseres
Raúl Ballesteros
Mauricio Aragón
Valeria Martínez Arrieta
María Alejandra Buelvas
Wilfredo Esteban Vega Bedoya

Ana Victoria Padilla Onatra
Juan Felipe Guevara Loevel
Edgar Alfredo Quecedo Chávez
Hailher Salcedo Pérez
Diana Ríos Londoño
Fabiana Rivera Mejía
Edgardo Manuel Díaz Osorio

Dalgi Mosquera
Rosmery AH
José Covo Meisel
Nicole Sánchez Castillo
Hernán Grey Zapateiro

Pág 3
Generaciones en disputa.
Comentarios sobre *Días así*

Pág 4-5
CARTOGRAFÍAS DE LA LITERATURA CARTAGENERA ACTUAL

Pág 6-7
KELLY LEÓN
EL ROSTRO OCULTO DE LA MENASZAS
POESÍA EN CARTAGENA

Pág 8
Reseñas de libros

Pág 9
EN TRE VIS TA Rosmery Armenteros Herrera

Pág 10-11
NOS TAL GÍA DE AGUA LA

Pág 12-13
EN TRE VIS TA José Covo Meisel

Pág 14
¡VIVA! REIVINDICACIÓN DEL COMIC CARTAGENERO

Pág 15
EL FLORECIMIENTO DE LA LITERATURA INFANTIL EN CARTAGENA

Pág 16-17
El ASPECTO HEBOR

Pág 18-19
POR POCO

IPCC



ellaberintodelminotauro.com.co

Descubre más contenido en nuestra página web
Haz parte de nuestra comunidad amante de los libros y la lectura.



INSTITUTO DE PATRIMONIO Y CULTURA DE CARTAGENA DE INDIAS
IPCC

Esta revista fue ganadora de la Convocatoria Cartagena Ciudad de Derechos 2024 en la línea de investigación-creación, área literatura. Instituto de Patrimonio y Cultura de Cartagena (IPCC)

Generaciones en disputa.

Comentarios sobre *Días así*

Ilustración: Hélène Pineda

expansión y desarreglo de la personalidad, fantasmas en las calles y en el alma—es la atmósfera que nace de la sensibilidad moderna.
Berman

Dos de los personajes más enigmáticos de la literatura colombiana fueron inventados por Raymundo Gomezcásseres en la novela *Días así*, publicada en 1994. Uno de ellos es Xanfran, un joven artista *plástico* que se atreve a matar a una persona para consumir lo que él considera su obra maestra.

El otro personaje es Celeste, a quien vemos en la novela asumiendo “roles femeninos” o “roles masculinos”, según sus circunstancias. Es claro que se mantiene *más allá* del género, y ninguna de esas dos “categorías” extraen de ella una “esencia”, pues permanece inasible y su identidad se difumina al bordear sus abismos psicológicos. La vida de Celeste está signada por una condición que hoy los médicos llaman intersexualidad, y que antiguamente se conocía como hermafroditismo.

Cuatro jóvenes más integran el grupo de protagonistas: Ely, que tiene un romance con Ymmy, y Mara que tiene uno con Máximo. Los hechos narrados en la novela ocurren a finales de la década del setenta, la mayor parte de ellos en Bogotá, en medio de disturbios sociales llenos de brutalidad estatal, y de fiestas marcadas por los excesos y el desencanto.

Días así se ajusta a lo que la crítica literaria colombiana ha entendido como “novela urbana”. Han pasado casi treinta años desde su publicación, pero su vigencia parece renovada, precisamente por la potencia poética de sus símbolos, y por la maestría con la que describe los episodios donde se evidencian la corrupción de las instituciones y la violencia del poder.

En 2009, en el prólogo a la segunda edición de *Días así*, Wilfredo Vega dijo que la obra tiene como isotopía “la derrota del hombre¹ en la ciudad”. Escribió que, “a pesar de los espejismos y los refugios artísticos, los jóvenes heredarán el sinsentido de la vida”. Esa interpretación se enfila con una tradición intelectual que cuestiona el proyecto de la Modernidad, asumido como un paradigmático fracaso.

Dos de los protagonistas, Ymmy y Mara, viajan desde sus respectivas ciudades/provincia para hallar en la ciudad capital la educación, la cultura, y, en suma, el progreso prometido. Pero, más allá de eso encuentran el lugar de los abusos del Estado, el lugar del cinismo y la crueldad multiplicada: “el fracaso de la nación”.

Gomezcásseres narra con una tremenda fuerza expresiva los terribles enfrentamientos que ocurrieron en mayo de 1978, cuando los agentes del Estado intentaron ingresar en la Universidad Nacional, y cayó muerto el estudiante Patricio Silva, con una bala del ejército incrustada a la altura del hígado.

Si pensamos en algunas de las novelas publicadas en nuestro país a finales del siglo XX— *¡Qué viva la música!* (1977), *Sin remedio* (1984), o *La virgen de los sicarios* (1994), —encontramos obras que representan crudas radiografías de esos conglomerados urbanos²: Cali, Bogotá, Medellín. En paralelo, exponen los dilemas existenciales de unos habitantes de esas ciudades, y puede verse en ellas un conflicto de identidad ciudadana, y por extensión uno de identidad nacional.

A su vez, *Días así* ha sido leída por Rómulo Bustos como “una reflexión global sobre el fenómeno de la sociedad colombiana”. También, en un artículo publicado en 2007, le apuntaba a descifrar en esa novela simbolismos cabalísticos: el mal y el bien puestos en una profunda dimensión mitológica.

Xanfran representa la manifestación de unas fuerzas destructivas, y en gran medida, de la maldad. Paradójicamente, cuando más atroces resultan sus actos, él se pretende en plena expresión creativa. Este personaje, heredero de una familia rancia en el poder, lleva una carga fáustica que lo supera.

A propósito de Xanfran, Gomezcásseres dice:

*su formación en un hogar al que había llegado a odiar visceralmente. El poder que su padre tenía como hombre de fortuna y posición política se sentía con toda su barbarie en aquella laberíntica, casi olvidada mansión de cuarenta habitaciones donde pasó su infancia (...)*³

Al igual que Raskólnikov, Xanfran se convence de una cierta superioridad que lo pone más allá de la moral. Ambos asesinan con el pretexto de los grandes fines y luego se hunden en su culpa/condena; parias de la sociedad y de sí mismos.

Xanfran es uno de esos personajes en nuestra literatura que representa la pugnacidad de las generaciones: tensión entre lo que se considera joven y lo que se entiende por decrepito. En los hechos, los seis protagonistas son herederos de Mayo del 68, y los impulsos destructivos de Xanfran se dirigen contra la familia, la propiedad y el Estado. Pero también contra la belleza y lo divino. De allí que Rómulo Bustos lo clasifique como un anarquista, y lo identifique con lo que llama “el discurso de la muerte”.

En algún momento Xanfran llega a exaltar lo ocurrido en *El diario de la guerra del cerdo* (1969), donde grupos de jóvenes organizados en Buenos Aires, empiezan a matar a los viejos, por la razón de ser viejos. Extrañamente, su papel en la compleja economía de significados de *Días así*, se concreta con el homicidio de Celeste. Esta última se convierte en una víctima propiciatoria. Su verdugo, perturbado por las “presencias” en su cabeza, confiesa:

(...) Entonces yo escuché la voz de la sombra y sentí ese cataclismo interior y solo vi sus manos [las de Celeste] cerrándose suavemente. (...) No era un ser humano. Ni hombre ni mujer... Algo así como una obra divina, y yo la destruí.

Xanfran, a su modo, repite a Dorian Gray o a Des Esseintes. Estos personajes decadentes se parecen en su empeño por “lograr la total afinidad entre la vida y el arte: redactar con la propia experiencia una estética”⁴.

Días así ha sido leída resaltando los posibles significados sociológicos que hay en sus páginas. En el homicidio de Celeste se expresa la llamada “antinomía temporal” de la posmodernidad. Según Mark Fisher, el capitalismo tardío tiende a la configuración de una cultura “incapaz de generar novedades auténticas”, “excesivamente nostálgica”⁵.

*Cuando todo se somete al perpetuo cambio de la moda y a la imagen en los media, nada puede cambiar ya nunca más.*⁶

Tal vez el vacío de Xanfran es la contrapartida de un sistema determinado por el capital, que produce sus ciudades enfermas: él dice: “desearás largarte para no poner dinamita en todos los rincones”. En la opinión del mismo Fisher, ese capital es un “parásito abstracto”, “un hacedor de zombies”.

♦♦♦♦

En uno de los pasajes donde Gomezcásseres explora la psiquis de Celeste, mientras ella atraviesa Bogotá a bordo de un bus, la narración nos cuenta sobre la manera en la que percibe el mundo este personaje:

Su mente en blanco, un espejo en el que fugazmente se reflejaba la porción de realidad exterior que le llegaba a través de la ventanilla del vehículo en movimiento. No procesaba ningún dato, simplemente lo registraba y un metro más adelante su lugar era ocupado por otro (...)

La realidad de Celeste funciona como una “serie de presentes puros en el tiempo, desconectados entre sí”, por eso considera que el futuro es una ausencia. Va por la vida padeciendo una mortal “crisis de sentido”. A esto se suma, que en sus circunstancias sufre una *ambigüedad biológica*, además, sufre la ansiedad de que se revele su “secreto”.

Cuatro años antes de que se publicara *Días así*, en 1990, Judith Butler había publicado *El género en disputa*, preguntando incisivamente:

*¿Cómo se delimitan los contornos del cuerpo en tanto terreno o superficie incuestionados donde se circunscriben los significados del género (...)?*⁷

♦♦♦♦

Luego de desintegrado el grupo de los seis, con Ymmy unido a una guerrilla, con Xanfran en las calles rebuscando en la basura, Mara vuelve a su hogar en Cartagena. Ella es la última testigo, la que trata de descifrar en medio de lo onírico el enigma de los acontecimientos.

1. Entiéndase “humano”.
2. Bello animal, escrita por Fanny Buitrago, fue publicada en 2002. Ambientada en una Bogotá que permite a la autora exponer las relaciones mafiosas entre el arte, la publicidad, la industria y el poder en Colombia.
3. Raymundo Gomezcásseres, *Días así*. Editorial Universidad de Cartagena. 2009

4. Rafael Moreno-Durán, *De la barbarie a la imaginación*. 2002
5. Mark Fisher, *Realismo capitalista*. 2020
6. Frederic Jameson, *Las semillas del tiempo*. 2000
7. Judith Butler, *El género en disputa*. Ediciones Paidós

Mauricio Aragón

Desde 2014 escribe en El Laberinto del Minotauro. Ha hecho colaboraciones para el diario El Espectador y para la revista Otras Inquisiciones. Es autor del poemario inédito *Las cenizas de la luna*.





Portada de la presente edición, realizada por Adrián Castilla. ¿Cuántas referencias de la literatura cartagenera identificas?

Es imposible reducir la literatura hecha en Cartagena a un concepto único y homogéneo. La naturaleza elusiva de sus motivos literarios la hace difícil de definir y clasificar de manera rígida, se resiste a ser encasillada, desafiando cualquier intento de encajarla en moldes preestablecidos. Especialmente en el presente que nos toca vivir, donde asistimos a un fenómeno en el que, bajo el yugo del complicado sistema de producción editorial y de circulación del libro en Colombia, nuevos autores en Cartagena están surgiendo y las publicaciones se multiplican, enriqueciendo el panorama de la ciudad, caracterizado por mucho tiempo por su inmovilidad. Podemos decir, sin duda alguna, que hay una contemporaneidad literaria sólida.

Experimentar estas dinámicas es siempre interesante. No para rastrear en esas publicaciones huellas de una supuesta identidad cartagenera que permita, de forma totalizante, definir o interpretar algo. De hecho, palabras como identidad y tradición son tramposas. Si uno trata de reducir a un algoritmo, a tres o cuatro características la “esencia” de algo, lo limita. Es mejor asumir esta noción como algo flexible, proteico.

Frente a eso, el escritor Jesús Buelvas Pedroza tiene su propia postura: “Para construir un concepto como el de literatura cartagenera no basta con que haya autores publicando libros con más o menos reconocimiento a nivel local, regional o nacional. Hay otros elementos que se necesitan. Por ejemplo, el hecho de que existan procesos editoriales en la ciudad es importante. Estos procesos editoriales no solamente deben replicar la tradición eurocéntrica y las tradiciones foráneas o centralistas, sino que también deben hablar, fomentar y promover las obras de los autores de la ciudad. Entonces, ahí hay una primera falla: no hay un proceso editorial gracias al cual aparezcan revistas, publicaciones periódicas y sistemáticas que lleguen a los diferentes espacios de barrios, escuelas e instituciones universitarias, en donde se pueda leer a estos autores. En su mayoría, los que no tienen un respaldo editorial terminan haciendo autopublicaciones”.

Lejos de conceptualizar lo que deba entenderse por literatura cartagenera, se puede intentar analizar las zonas estilísticas identificables en el conjunto de esas publicaciones. Trazar un mapa de las sensibilidades creativas que han dado forma a la literatura de la ciudad. Esto es importante porque se conoce muy poco de la joven narrativa cartagenera. Para muchos lectores la literatura hecha aquí sigue teniendo los mismos rostros: Luis Carlos López, Germán Espinosa, Raúl Gómez Jattin, Roberto Burgos Cantor, Óscar Collazos, Raymundo Gomezcáseres, Efraim Medina Reyes, y otros autores emparentados de una u otra manera con la ciudad. Bajo estas circunstancias, resulta complejo definir una tradición literaria propiamente cartagenera, y menos aún que esta influya la sensibilidad creadora de los escritores contemporáneos.

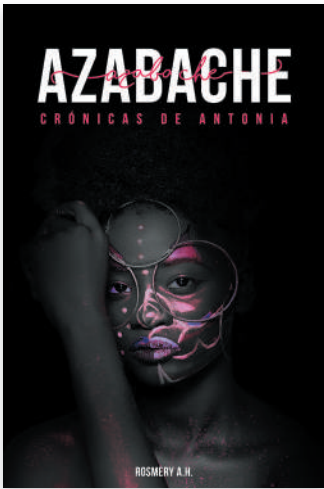
“Hablar de una tradición literaria en Cartagena sería abusar de la palabra tradición. En principio porque no hay una transmisión efectiva de ningún legado literario común ni de nada que regle el comportamiento de esa comunidad, ni siquiera de la comunidad que constituyen los propios escritores, pues no hay unos lineamientos comunes que permitan hablar de escuelas o

atisbos de ellas. Si ya Harold Bloom rechaza la posibilidad de cánones locales y habla a secas de un canon occidental (aunque él mismo, tendenciosamente, lo restringe al ámbito anglosajón) mucho menos sentido tendría hablar del canon de una ciudad en la que priman dinámicas muy diversas que parten de su condición de ciudad turística y cosmopolita. Si se puede en cambio hablar de obras y autores circunscritos al canon de la literatura en lengua española o a la tradición literaria española, incluso a sabiendas de que mucho de lo que se escribe hoy en día en Cartagena participa tanto de la globalización que sus influencias provienen de otras lenguas y culturas. Para no ir más lejos, basta recordar que dentro de la generación de autores cartageneros, o que escriben desde esa ciudad y que rondan los 40 años, hay un gran número de autores que se autodenominan bukowskianos o cuya influencia se percibe a simple vista. Otros se confiesan nadaístas o lo hicieron en algún momento. ¿Qué hay en ellos, por ejemplo, del legado de Luis Carlos López? ¿La irreverencia? ¿Bastaría ese elemento para decir que entre uno y otros hay una ilación o una continuidad? Por otro lado, entre los escritores egresados de la Universidad de Cartagena, ¿cuántos de ellos han seguido en la dirección de sus maestros, digamos, de un Rómulo Bustos o un Raymundo Gomezcáseres? Poquísimos. Tal vez ninguno. Entonces, frente a la pregunta de si se puede hablar de una tradición literaria en Cartagena, diría que no, que hablar de ello tendría menos realidad que hablar de grifos y sirena”, dice el escritor Rodolfo Lara Mendoza, autor de las obras *Y pensar que nos falta esperar el invierno* (2011) y *Alguna vez, algún lugar* (2018).

En el presente, la escritura cartagenera actual se reconoce por su carácter mestizo, fruto de la interacción constante con otras tradiciones. En un contexto así, muchas veces las influencias pueden ser de cualquier lugar. Esta apertura no significa una pérdida de identidad, sino más bien una enriquecedora hibridación que da lugar a una literatura cosmopolita y plural.

Tanto es así que una de las voces más representativas de la literatura hispanoamericana contemporánea es, sin duda, la de la cartagenera Margarita García Robayo. Sus novelas y cuentos, caracterizados por una prosa ágil y directa, han resonado en un público amplio gracias a su honestidad y cercanía. Explora con maestría temas como el amor, la identidad, la búsqueda de uno mismo y las relaciones interpersonales, siempre desde una perspectiva femenina y con un toque de humor irónico. Su obra, que suele ubicarse en escenarios urbanos y cosmopolitas, ha sido aclamada por la crítica por su capacidad para capturar las complejidades de la vida moderna y los dilemas de las mujeres de su generación. Novelas como *Hasta que pase un huracán* (2012), *Lo que no aprendí* (2013), *Tiempo muerto* (2017), *La encomienda* (2022), y libros de cuentos como *Cosas peores* (2014) y *Primera persona* (2017), la han consolidado como una de las escritoras más relevantes de nuestro país.

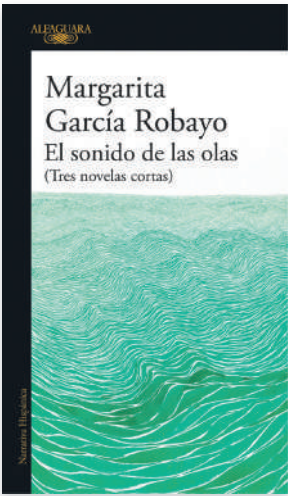
Por otro lado, las influencias de autoras y autores de la actual literatura cartagenera también vienen dadas por consumos culturales no necesariamente literarios, referencias que se encuentran en los márgenes de la cultura popular; a la par de in-



**Azabache:
Crónicas de
Antonia**
Rosmery Armenteros
Herrera
2022



**Todas las
voces muertas**
Gerardo Ferro Rojas
2022



**El Sonido de las
olas (Tres novelas
cortas)**
Margarita
García Robayo
2020



**Miniaturas del
asombro**
Ana Victoria
Padilla Onatra
2024



fluenciarse por el canon literario propiamente dicho, también asimilan en su escritura la experiencia de los géneros populares, las series de televisión, cine, incluso anime, cómics y manga.

De esta manera, encontramos obras que van desde las experimentaciones con la hibridación de géneros en el universo de *Yellow Hell City* de Qöxahömn, en su libro *El circo del silencio* (2024), los acercamientos a un tipo de ciencia ficción en las primeras novelas de José Covo Meisel, la saga de novelas históricas *Westhampton*, ambientadas en la Inglaterra del siglo XIX, de la que hacen parte cinco libros, de Rosmery Armenteros Herrera, pasando por la historia de zombis *Todas las voces muertas* (2022), de Gerardo Ferro Rojas, la novela fantástica *Guardianes de lo sagrado* (2022), de Sara Porto, y la novela policial *El hombre que hablaba de Marlon Brando* (2020) de John Jairo Junieles. “En los géneros populares es donde podemos encontrar elementos de una pureza más auténtica, de fuerza y colorido, de experimentación que permita auto-revisarse, buscar otros elementos de construcción, combinar, hibridar... todo eso desde lo popular está en una ebullición constante”, remarca el escritor cartagenero Gerardo Ferro Rojas.

Otro núcleo de obras se caracteriza porque en ellas la ciudad, el espacio físico, el espacio habitado, es una constante identificable, que a su vez define voces, estilos, estéticas. En ellas Cartagena aparece como escenario, sin caer en la trampa del provincianismo, en la sobrevalorización provinciana. Se ofrece, en cambio, una mirada honesta y crítica de la cotidianidad y de la realidad social que se vive aquí. Las voces de estos autores parten de la mirada incómoda que se tiene de una ciudad que parece estar en una eterna crisis. Por traer a colación un par de ejemplos en esa línea, tenemos el libro *La personalidad de los pelícanos* (2022) de Teresita Goyeneche, las novelas *Este o cualquier otro lunes* (2019) de Jesús Buelvas Pedroza, y *Bailar con rebeldes* (2021) de Francisco Lequerica, así como lo que se narra en algunos cuentos de Cindy Herrera, Nicole Sánchez Castillo e Íos Fernández.

Para comprender el ímpetu literario de los autores cartageneros, es fundamental atender a las palabras de Rodolfo Lara Mendoza, quien afirma: “Más que sobre la literatura pondría la mirada sobre sus autores, en especial para loar los esfuerzos que hacen por publicar sus obras y abrirse paso en un contexto que, como bien describe Bolaño, es como un matadero de reses. Lo cual pone en evidencia la pasión con que se hace esa literatura y la perseverancia de sus autores a despecho de la ausencia de estímulos efectivos y apoyos gubernamentales serios. Ya en lo tocante a la literatura como producto considero que hay obras notables en los diferentes géneros. Y que precisamente eso último puede verse como un gran logro de la ciudad y una forma de resistencia frente al poder hegemónico y comercial del género novela, pues se sigue cultivando el teatro,

el cuento y la poesía, aun cuando algunos autores se hayan visto abocados a la novela como forma, por supuesto válida, de expresión, pero sobre todo como manera de sobrevivir en un contexto que mira de soslayo o que directamente desprecia cualquier otro género”, plantea el autor del libro de cuentos *La gravedad de los amantes* (2016).

En este ejercicio de trazar coordenadas de orientación para seguir y leer la actual narrativa cartagenera, es importante tener presentes los libros de cuentos: *La fiesta en el cañaveral* (2018) de Orlando Echeverri Benedetto, *Nunca olvidamos nada, nena* (2018), de Gerardo Ferro Rojas, *Deterioro de rituales* (2021) de Francisco Lequerica, *Los gaiteros salvajes y otros cuentos* (2021) de Rafael Cantillo Castillo, *Todos tienen el mismo nombre* (2022) de Marta Amor Olaya, *El manifiesto del espejo* (2022) de Cindy Herrera, *Gente de la loma* (2022) de Joy González Güeto, *Solo quedaron las cáscaras* (2024) de Nicole Sánchez Castillo. De igual manera, las novelas *Criacuervo* (2017), de Orlando Echeverri, *Cómo abrí el mundo* (2021), de José Covo Meisel, *Azabache: Crónicas de Antonia* (2022), de Rosmery Armenteros Herrera y *La historia de Helena. La hija de sangre y selva* (2023) de Carolina Poveda Rangel. Así como la poesía hecha por Ana Victoria Padilla Onatra, María Alejandra Buelvas, María Patricia Vengoechea, y toda aquella que se gesta, en su mayoría por jóvenes poetas, en los talleres Héctor Rojas Herazo, Hojas de Hierba y Guion Bajo.

Mención aparte para la producción de libros de no ficción, dentro de los cuales resaltamos: *Dónde hay música africana: Cultura Picotera y Festival Internacional de Música del Caribe en Cartagena* (2024), de Ricardo Chica, *Crónicas de un amor terrible* (2023), de Nadia Celis, *¿Te puedo tocar el pelo? De la negación al exotismo. Experiencias en torno al pelo afro* (2023), de Laura Romero López, Pablo Muñoz Rojo y Alberto Moya, *Bailar con las trompetas del apocalipsis* (2023), de Javier Ortiz Cassiani, *La vanguardia intelectual y política de la nación. Historia de una intelectualidad negra y mulata en Colombia, 1877-1947* (2023), de Francisco Flórez Bolívar, *La máquina de la memoria* (2022), de Orlando Oliveros, *Champeta. Resistencia cultural del Caribe* (2022), de JJ Carbonell, *Mujer incómoda* (2021), de Vanessa Rosales y *El jardín, la torre y la lámpara. Poesía y conocimiento en la lírica colombiana* (2018), de Emiro Santos García.

El horizonte de la narrativa cartagenera es mucho más amplio. Hemos intentado cartografiar sus motivos literarios, a pesar de las limitaciones de su producción, que, en términos de visibilidad y difusión, afectan su alcance y su impacto. Es necesario, desde nuestro lugar, seguir trabajando para que ocupe el lugar que merece.



KELLY LEÓN

(EL ROSTRO OCULTO DE LA

MENASZAS

POESÍA EN CARTAGENA)

Por: RAYMUNDO GOMEZCÁSSERES*

Mi heredero será el poema...
Kelly León Menaszas

Lúdica

Conocí a Kelly entre 1981 y 1982 aproximadamente, recién llegado yo a Cartagena. Él debía estar entre los 21 ó 22 años, mientras yo peinaba o cruzaba la barrera de los treinta. No más fue encontrarnos, intercambiar unas pocas palabras e iniciar una vertiginosa y lamentablemente fugaz amistad de cinco años, interrumpida trágicamente en septiembre de 1986 por la ocurrencia de su muerte. Apenas tenía 26 años. No es fácil recordar a quienes gratificaron nuestra existencia cuando ya han desaparecido, y sobre todo si, como es el caso, transcurrido tanto tiempo, muchas situaciones, experiencias y tantas cosas más se han desdibujado con el paso del tiempo.

Por aquellas calendas vivía yo en una propiedad familiar ubicada en el Barrio San Diego. Era una hermosa ruina que aún conserva su nomenclatura original: 8-21. Lo de 'ruina' no es retórica; yo dormía con un ojo abierto por temor a que me cayera el techo encima. Siempre me ha seducido el aislamiento pero recibía con agrado las esporádicas visitas de algunos amigos de entonces: los poetas Pedro Blas Julio Romero y Rómulo Bustos, el novelista Pedro Badrán; el pintor Dalmiro Lora, el actor y director teatral Eparkio Vega, entre otros. Kelly era de los más asiduos. Teníamos muchas afinidades. Varias veces al mes almorzábamos *corrientazos* en modestos restaurantes del centro histórico, o preparábamos algo a cuatro manos en la cocina de *la ruina*. Pero sobre todo, deambulábamos por cualquier lado escampando a veces en cafeterías o en '*la fresca*' de los árboles de cualquier parque, especialmente la Plaza de Bolívar. Le sacábamos punta a todo y a todos y hablábamos mucho de poesía y literatura en general; pero a eso me referiré después. Ya para entonces conocía su afición a asistír a lanzamientos de libros, exposiciones, y eventos culturales, sobre todo aquellos en los que brindaban buenos cocteles y repartían pasa-bocas. *Me divierten* —decía con su mirada de árabe herético—, *me tomo unos buenos tragos, me atiborro de pasabocas y me llevo unos cuantos libritos que trato de vender en las reventas de segunda del Parque El Centenario. Cuando son tan malos que nadie los quiere comprar, los dejo por ahí o me los llevo para la casa y después de un tiempo los quemo junto con los que he ido acumulando...* No tardó en contagiarme con esas locuras. En cierta ocasión me llamó por teléfono muy entusiasmado para avisarme que en la Escuela de Bellas Artes harían una exposición a la que valía la pena ir. A pesar de que yo era vecino de Bellas Artes no me había enterado, de modo que le dije que pasara por *la ruina* para llegar juntos. No más fue entrar al salón múltiple de la escuela adaptado como sala de exposiciones para la ocasión, y darme cuenta de por qué me había dicho que aquello *valía la pena*. Una kilométrica mesa cubierta con manteles de lino soportaba un bufete formado por bandejas con mini fritos caribeños de toda clase: carimañolas, quibbes, empanaditas, patacones; salsas y picantes gourmet, por no hablar de las sofisticadas *tablas de queso*. Muchachos pulcramente uniformados repartían

cocteles y copas de vino a '*tutiplén*' en bandejas de electro-plata. Nos sentíamos en un Waldorf Astoria. La expositora era una señora riquísima y gordísima de Bocagrande que había decidido lanzarse al mundo del arte por la puerta grande. Paredes y paneles estaban literalmente cubiertos por los mamarrachos de aquella dama; sus amigas los compraban como si se tratara de afiches de Toulouse-Lautrec. Kelly y yo nos dedicamos a beber como estibadores de Liverpool y a comer fritos caribeños como si los viéramos por primera vez. Había tantos que ni un ejército de soldados bulímicos hubiera podido agotarlos. Entonces me propuso una de sus brillantes ideas (y aquí la expresión no es irónica). Efectivamente, fuimos a la tienda de la esquina (todavía existe), y le pedimos al propietario de entonces algunas de esas bolsitas plásticas para empacar compras caseras. Retornamos a la exposición y sin ningún empacho comenzamos a guardar pasa-bocas en nuestras bolsas. En ese proceso él se alejó unos pasos de mí y en algún momento observé que una dama muy estólida y elegante lo miraba con acritud desaprobando su conducta. Volteó a mirarla y noté que dijo algo a la doña que se alejó muy erguida y muy maja, mientras él continuaba seleccionando fritos cuidadosamente. *¿Qué le dijiste?* —pregunté—. *Que si quería le daba una bolsita como la mía para que ella también tomara algunos. ¡Mierda! ¿Qué vaina tan buena...!* —anoté yo—. *¿Y te dijo algo?* —agregué—. *Me dijo: ¡an-ti-pá-ti-co...! Y se fue.* Como puede verse se trataba de un ambiente muy distinguido y nos esforzamos al máximo para no desentonar. Después arrancamos para la ya desaparecida *Terraza Marina*, ubicada en el todavía existente Muelle de los Pegasos (hoy prácticamente hace parte del *Centro de Convenciones Julio César Turbay Ayala*). Íbamos más borrachos que una cuba, a conversar y comernos nuestros fritos acompañados con esos cafés tan negros como tinta china que preparaba el inolvidable *Pajarito*: el vendedor de tintos más popular de Cartagena hasta finales de los 80, antes del homicidio de la *Terraza Marina*.

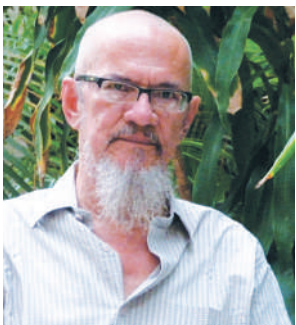
Poesía

Que Kelly era un artista es una verdad de a puño, incontrovertible y lapidaria. Excelente poeta y cuentista. No porque yo lo diga; los lectores avezados (y los otros también) podrán verificar mi aserto leyendo los escasos escritos que lo sobrevivieron. La mayoría de ellos se publicó por primera vez en la página web que le hizo *El Laberinto del Minotauro* como homenaje póstumo hace algunos años. Lástima que el grueso de su obra desapareció después de su muerte. Lo poco que se conserva es evidencia más que suficiente para testimoniar su condición artística. Ese carácter no puede reducirse a un simple comentario, pero lo intentaré, hablando más de él que de sus escritos.

No tengo otros recursos que las experiencias derivadas de nuestra amistad y mi conocimiento de él. No veo dificultad en que quienes lean estas ligeras notas acuerden conmigo en que aquello que mejor define y conforma nuestra existencia, nuestro ser, es lo que con una expresión rebajada a lugar común se denomina *lo habitual*. Me refiero a aquello que habitamos, pero que también nos habita. Una buena

expresión venida al caso (neologismo que tomo prestado no sé de quién) es la palabra *habitud*, que como una especie de acrónimo, indica la actitud que nos es habitual. Podría decirse que lo habitual (la *habitud*) de un médico es su familiaridad con las enfermedades, pero también la curación de las mismas; para un abogado será los delitos e infracciones así como las leyes que condenan o redimen; para un reciclador, la basura y su tratamiento, aunque igualmente, para los miserables, lo habitual es la miseria (no material, sino espiritual) que habitan y los habita... Podría seguir mencionando interminables etcéteras. Entonces, lo habitual (*habitud*) de un poeta es el lenguaje, las palabras. Las habita como pez en el agua, pero a la vez es habitado por ellas. Aquí se abre la diferencia fundamental con el médico y las demás profesiones, pues éste no está habitado por las enfermedades (como tampoco el abogado por los delitos, a menos que sea un abogado delincuente); de ser así estaría tan enfermo como sus pacientes. En este punto aterrizo la situación en Kelly. Él era un artista, un poeta, y como tal, habitaba, *vivía* en el lenguaje, en las palabras, pero estos, simultáneamente, lo habitaban en una especie de bucle. Eran su *habitud*. Nunca he olvidado nuestras interminables conversaciones sobre poesía, arte, literatura. Recordando eso me sorprende ahora igual que antaño, por sus amplios conocimientos (¡de hace treinta y siete años!), sin que hubiera realizado estudios académicos, sino a punta de lecturas hechas con furia y a destajo; conocimientos digo, de autores que eran ignorados incluso por personas medianamente cultas (si es que se puede ser medianamente culto). Kavafis, Elliot, Hölderlin, Rilke, Pessoa, Giovanni Quessep, Mallarmé, Nicanor Parra, (detestábamos a Neruda), Octavio Paz, E. Dickinson, Ana Ajmátova, Baudelaire, Rimbaud... Y pare de contar. Sospeché (y sigo haciéndolo), que en el fondo de su corazón, o tal vez no tan en el fondo, se identificaba mucho con el horrendo niño prodigio de *Una temporada en el infierno*. Ni qué decir de sus novelistas y cuentistas predilectos. No voy a hacer otra lista. Estando junto a Kelly uno sentía la fuerza de un alma vigorosa. Lo más curioso es que estaba encapsulada en un cuerpo frágil. El que dejó de vivir en septiembre de 1986. De él dijo el profesor Santiago Felipe Colorado en una nota post-mortem escrita a raíz de su fallecimiento: nos miraba '*con ojos encendidos y una fiebre infinita en su alma de poeta. Entonces comprendíamos que sufría intensamente...*'

En una ocasión me preguntó si yo tenía *Gargantúa y Pantagruel*. Quería leerlo y se lo presté. Una semana después nos vimos en su casa y me entregó el volumen (edición íntegra) dándome las gracias. *¿Lo leíste todo?* —pregunté—. *¡Claro, oye!* Me incomodó haberle hecho tan trivial pregunta. ¡Leyó esa catedral en siete días! *Me tomé la libertad de hacer subrayados casi invisibles en algunas partes a ver si algún día sacamos un rato para conversarlos...* —agregó. Le dije que sí y se lo devolví porque iba a hacer cosas callejeras y no quería andar con semejante mamotreto en la mano. Antes de retornárselo lo pesé y repesé pasándolo de mano a mano porque percibía que se había hecho más liviano: sí, Kelly lo había exprimido. Ese fue nuestro último encuentro. Falleció pocos días después. Todavía ahora, cuando a veces abro esa novela para releer partes que me encantan, tropiezo con los '*subrayados casi invisibles*' que hizo Kelly y me pregunto qué hubiéramos conversado sobre ellos...



*Fue profesor catedrático del Programa de Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena durante veinte años. Coordinó en Taller Literario Coloquio del mismo programa entre 2007 y 2014, de cuya revista *Cuaderno se publicaron seis números entre 2012 y 2014. Ha publicado dos novelas: Días así y Metástasis. El resto de su producción formada por dos novelas más, varios libros de cuento y de ensayos, y un poemario, permanece inédita.*



4 poemas de Kelly León Menaszas

Este rastrear

El cielo es otra edad que gorjea
quejas por la ciudad
Un llamar inconsciente de la vida
donde muchos son los visitantes
Un rastrear en el descolgar de unos pies ingenuos
que saben recordar una noche
que también fue y es cielo.

Retrato uno

Para imitar tu risa me he pintado
las manos de negro y salido con
una camisa de cuadros a caminar estas calles,
tal vez para precisar mejor cómo eras
en la arenosa cuerda de los húmedos retratos
de aquellas muchachas que no usaban minifalda
pero sabía trepar árboles
y amantar pájaros
Me he montado de golpe esta noche
en la débil luz de los neones, con un paquete
de cigarros
a observar la ilusión dejada en el fondo
de tus palabras
que arden en alguna página en blanco
que cae como esta lluvia de octubre
en tus cascabeles de mar
partidos en mil pedazos en mi recuerdo,
y sin embargo
mis manos aún siguen en negro
y tu ágil sonrisa
desaparece en otro rostro
que me trae la noche
en este parque de humo que han
forjado mis pasos

Memorias sobre la hierba

La casa llenó de hojas secas
un mes vacío de sílabas
Poblaron por doquier
palabras quemadas
en los antiguos árboles
Bastante lluvia
el lodo subía hasta el tejado
Vallejo
y cartas de mamá que nunca escribió
golpeaban detrás del tiempo
El polvo y la memoria
fueron un largo quejido
Y el miércoles de ceniza
una señora canturreando
Oculto en un trinar de pájaros
va el hombre
La noche es muy larga y con aguacero

FINAL

Mi heredero será el poema
1
Me sofoca tu silueta de gata lejana
que corre
en el susurro de mi garganta:
Cueva de nicotina y palabras
tendida en la noche,
Tú; un bostezo de mil
novecientos setenta y cinco
En una cartera arrugada
amontonada en el falso olvido
de un sueño pegado a tu falda.
Me sofoca el aliento que esconde tu cuerpo
en la noche última
como una trompeta
que no supe tocar en medio de todo
aquel barrio de tómbolas
y una pobreza que me masticó
y maldijo entre el nocturnal croac
de las ranas,
Me sofoca tu cintura de albahaca y lluvia,
ahora, tú una ausencia
en este arrebol desprendido.
2
Cabellera alborotada de amaneceres apretados,
Pasa mucha gente y tú
un olvido que humedece la noche
como golpe replegado a la nada.
3
Ayer será un regreso agrio
detrás de los ojos,
Una esquina cansada de esperar:
La ciudad rota en mis manos
en unas ropas colgadas
en una y otra hoja
aplastada por la lluvia.
4
Ya nada solo el dolor que va
cayendo por todas partes
oh mujeres, muchachas de lluvia y sol
no te callaron,
Entonces me fui a los burdeles
a los tugurios
Aprendí a tener otro rostro
otro rostro igual al lodo seco
de tu presencia fantasmal
de mis noches de cigarrillos y
sudor.
5
Señora, adónde tus labios raudos?
6
Y persigue tu sonrisa de tejado y lluvia una estela
hueca, aullando en la vigilia
de estas noches de camas al revés
paseando por las alcobas.

Tragedia

Kelly murió en mis brazos... Con estas sentidas y a la vez serenas palabras terminó la Señora Elvira Menaszas. Un día me armé de valor y pasando por encima de todos los pudores le pregunté qué había pasado durante aquella madrugada: *todo fue muy rápido; no pude hacer nada diferente a abrazarlo.*

Kelly decía pertenecer *al grupo de los que mueren jóvenes*; yo le respondía con algún desparpajo como los que él usaba conmigo en ocasiones: *te veré limpiando pó-pó y cambiándole pañales a tus nietos.* Me contaba que a veces, en las madrugadas le daban ahogos que casi siempre controlaba, pero que por lo general tenían el mismo efecto: dejarlo insomne y agotado. Entonces prendía la luz de la sala o del comedor y se sentaba a la mesa a escribir, o en una mecedora, o poltrona a leer cualquier libro. Así leía, así escribía sus poemas. Finalizaré planteando una idea que espero no desentone en el orden que ha tenido esta semblanza. Creo que la verdadera muerte, más que la física o corporal es la provocada por el olvido, el silencio y la exclusión. El caso es que esa muerte no debe aplicar para Kelly. Él merece ser recordado. Por muchas e interminables razones, pero por encima de todo, por su obra. Obra que a pesar de su accidentada brevedad y de las pocas debilidades que pueda tener, porque no dispuso de tiempo para revisarla, tiene luz propia pues es la plasmación honesta y auténtica de una visión de mundo original como pocas. Ya es hora de que su poesía ocupe el lugar que merece en la historia. A eso se encamina el esfuerzo hecho por *El Laberinto del Minotauro* en este sentido.

6 reseñas para adentrarse en la literatura actual de Cartagena

La encomienda de Margarita García Robayo

Por Valeria Martínez Arrieta

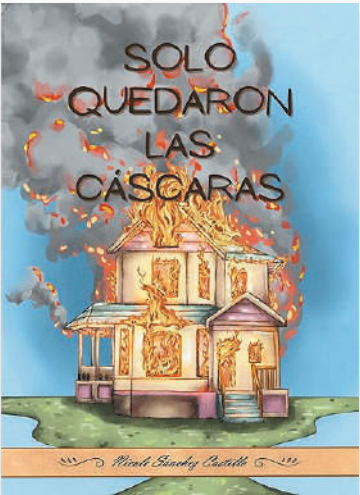
En "La encomienda", Margarita García Robayo explora los vínculos familiares a través de una narradora crítica, pero resignada al cariño visto desde la periferia. Recibe encomiendas en Buenos Aires, enviadas por su hermana desde Cartagena: cajas llenas de frutas que, inevitablemente, se descomponen, simbolizando lo poco práctico que puede resultar mantener un lazo afectivo. Sin embargo, la última encomienda trae una "aparición": su madre, una figura incomprensible que la narradora intenta capturar con el lenguaje. La novela cuestiona los ideales de maternidad, presentando a una madre claustrofóbica y majestuosa, que alberga una bandada de pájaros internos, una manera interesante de hablar de una libertad frágil debido a su rol. La encomienda invita al lector a sumergirse en una atmósfera híbrida, donde lo real y lo poético se entrelazan, reflejando la complejidad de los lazos humanos.



La encomienda
Margarita García Robayo
2022

Solo quedaron las cáscaras de Nicole Sánchez Castillo

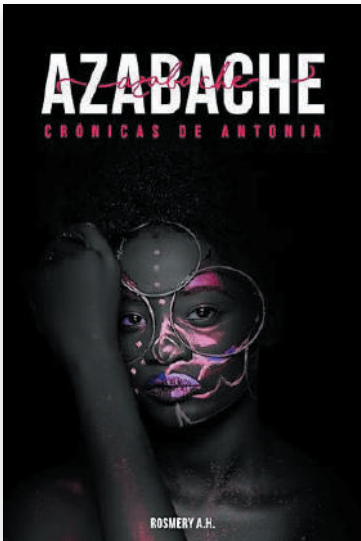
En "Solo quedaron las cáscaras", Nicole Sánchez Castillo nos regala un mosaico de relatos donde lo cotidiano se entrelaza con lo extraordinario. Cada cuento es una pincelada que retrata la complejidad del ser humano, explorando temas universales como la muerte, la culpa y la esperanza. A través de personajes que desafían los límites, la autora nos invita a una profunda reflexión sobre nuestras propias vidas. Desde un anciano que enfrenta su pasado hasta una mujer atormentada por un espectro, cada historia nos marca. Sánchez Castillo crea atmósferas densas y evocadoras, transportándonos a escenarios tan diversos como las calles de Cartagena o el interior de una casa en llamas. Su prosa, ágil y precisa, nos sumerge en un mundo donde lo real y lo fantástico se fusionan. Esta colección es un viaje emocional intenso, que nos lleva a explorar los rincones más oscuros y luminosos del alma humana, recordándonos que en la vida, como en los cuentos, todo puede cambiar en un instante.



Solo quedaron las cáscaras
Nicole Sánchez Castillo
2024

Azabache: Crónicas de Antonia de Rosmery Armenteros Herrera

En "Azabache: Crónicas de Antonia", Rosmery AH se propone retratar el mundo del San Basilio de Palenque de los años 50. A través de los ojos de Antonia, una joven de 17 años, presenciamos una serie de sucesos extraños que la llevan a cuestionar su realidad. Abandonada por su madre, Antonia busca respuestas en un entorno cargado de tradiciones y creencias populares. La novela nos lleva a explorar temas como la identidad, la familia y la búsqueda de un sentido a la vida. Con una prosa envolvente, la autora nos transporta a un pueblo lleno de misterios, donde lo real y lo sobrenatural se entrelazan. Si buscas una historia que combine la ficción con la realidad histórica, y te interesa adentrarte en la rica cultura de Palenque, "Azabache" es una lectura que te cautivará.



Azabache:
Crónicas de Antonia
Rosmery Armenteros Herrera
2022

Los laureles del vencido de José Covo Meisel

José Covo nos conduce en un viaje introspectivo a través de la mente de un hombre en busca de respuestas. En "Los laureles del vencido", la línea entre la filosofía y el delirio se difumina, creando una narrativa rica y compleja. A través de las experiencias del protagonista en centros psiquiátricos, Covo explora la naturaleza de la adicción y la enfermedad mental, desafiando los paradigmas tradicionales. La novela es un laberinto de reflexiones sobre el ser humano, la existencia y la búsqueda de significado. Covo logra una prosa poética y envolvente, invitando al lector a cuestionar sus propias creencias y a encontrar belleza en lo aparentemente oscuro. Una obra que invita a la introspección y a la reflexión profunda.



Los laureles del vencido
José Covo Meisel
2023

La fiesta en el carnaval de Orlando Echeverri Benedetti

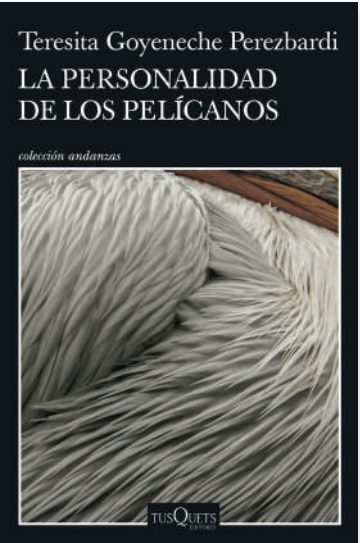
Orlando Echeverri Benedetti crea un universo de relatos donde la fragilidad de la existencia humana se revela en cada página. El autor cartagenero nos transporta a escenarios donde decisiones aparentemente insignificantes desencadenan giros inesperados en el destino de sus protagonistas. En este libro, las palabras son esculpidas con maestría, creando atmósferas densas y evocadoras. Echeverri Benedetti no se limita a contar historias, sino que nos invita a experimentarlas a través de su particular lenguaje. La crítica ha aclamado este debut en el cuento, reconociendo la originalidad y el talento de un escritor que ya había demostrado su valía con la novela "Criacuervo". "La fiesta en el carnaval" es una obra que nos invita a reflexionar sobre la condición humana, a través de relatos que nos conmueven, intrigan y perturban.



La fiesta en el carnaval
Orlando Echeverri Benedetti
2018

La personalidad de los pelícanos de Teresita Goyeneche

Teresita Goyeneche nos conduce por las calles de su natal Cartagena en "La personalidad de los pelícanos", una obra que, en palabras de Mauricio Aragón, "puede ser leída como novela de no ficción o como una crónica autobiográfica". La autora traça un mapa emocional de su ciudad, que recorre tanto la historia política de Cartagena como las experiencias personales de la autora, creando una cartografía tanto sentimental como espiritual de la ciudad, explorando las relaciones entre pasado y presente, tradición y modernidad. Goyeneche nos presenta una Cartagena viva y compleja, llena de contrastes y contradicciones. Con una mirada aguda y sensible, la autora retrata los personajes que habitan este espacio en el Caribe, y su lucha por librarse de un destino desesperanzador, a la par que nos invita a reflexionar sobre la identidad y el sentido de pertenencia.



La personalidad de los pelícanos
Teresita Goyeneche
2022

EN
TRE
VIS
TA

Rosmery Armenteros Herrera

“Se puede construir el futuro si miramos al pasado”

Rosmery Armenteros Herrera tiene una de las voces más genuinas e interesantes de la literatura actual cartagenera. Con una prosa envolvente, se mueve como pez en el agua en los diferentes géneros que cultiva. Su original estilo le ha permitido conectar con un público cada vez más amplio que se deleita con su capacidad de contar historias. Es la autora de la saga de libros Westhampton, compuesta (hasta ahora) por cinco novelas ambientadas en la Inglaterra del siglo XIX, El círculo de Marsias (2018), El secreto del Conde (2020), Sangre púrpura (2021), Idilio (2021) y La ley del lobo (2024). Dentro de su obra también destacan el drama Azula & Joy (2018) y la novela Azabache: Crónicas de Antonia (2022).

Rosmery A.H. (así firma sus libros) nació el 13 de octubre de 1995 en San Basilio de Palenque. Es ingeniera electrónica de profesión y escritora por

vocación. Su carrera comenzó en la plataforma Wattpad, donde publicaba sus borradores de forma gratuita, allí consolidó una comunidad lectora que llegó hasta los diez mil seguidores. Actualmente cuenta con doce obras publicadas de forma independiente.

Su novela Azabache: Crónicas de Antonia deja de lado los entresijos europeos que habían caracterizado su trabajo, para conectar con sus raíces en una historia ambientada en el San Basilio de Palenque de los años 50, donde resalta el empoderamiento de la mujer palenquera, su cultura y tradición. Esta obra fue seleccionada en el Lab Macondo, laboratorio de desarrollo de proyectos de adaptación literaria para mujeres guionistas, que cuenta con el apoyo de la red colaborativa entre Netflix, la Academia Colombiana de Cine, la Fundación Gabo y el Ministerio de las Culturas.

Eres una de las pocas escritoras que en la ciudad incursiona en la literatura de géneros. ¿Qué encuentras en la novela histórica que te inspira a crear historias?

Soy una mujer negra, palenquera, de la diáspora, y soy consciente de que quién olvida su historia está condenado a repetirla. Somos un país sin memoria. Creo que se puede construir el futuro si miramos al pasado, siempre ha sido mi lema. Siento que la novela histórica, aunque en su mayoría sea ficción, te da un golpe de muchas realidades que no son tuyas y que te permite generar empatías. No es que nos estancemos en el pasado, es una forma en la que podemos construir nuestro futuro, para no cometer los mismos errores que cometieron nuestros antepasados.

Una característica de tu obra es que creas personajes femeninos muy fuertes en épocas marcadas por el dominio machista. ¿Se trata de una reivindicación consciente de su rol como mujeres?

No es una reivindicación, se trata de mostrar a la gente que sí existían mujeres que desafiaron los límites de su época. Siempre hago la salvedad de que en esas épocas existieron Olympe de Gouges, Mary Wollstonecraft, Mary Shelley, y muchas más mujeres que la gente dice que estaban adelantadas a su época, a mí no me gusta usar esa frase, pero vamos a usarla, sí, eran mujeres que estaban adelantadas a su época, que eran conscientes de que las cosas no tenían que ser así y que dijeron basta; siempre me inspiro en todas esas mujeres que se salieron de todos esos lineamientos, y creo mis personajes pensando en ellas. No todas las mujeres estaban en el mismo molde, no todas las mujeres pertenecían a esa masa gris homogénea, no; había mujeres que se salían de lo estándar, puede que de mil, una, pero existían.

¿Cuáles son tus principales influencias literarias, tanto dentro como fuera de los géneros que cultivas? ¿Hay algún autor u obra en particular que haya tenido un impacto significativo en tu escritura?

He escuchado a muchas escritoras que se están reivindicando con sus lecturas porque leían muchos hombres, a mí me pasa lo contrario. Ahora es que estoy leyendo hombres, toda mi vida he leído mujeres. Leía a J.K. Rowling, como soy fanática de todo lo que tenga que ver con la época victoriana me gusta Lisa Kleypas, Jennifer Blake, Jennifer Ashley, Sara McLean, Candace Camp (la que escribe la saga de las Casamenteras), todas esas mujeres que en su mayoría son gringas o inglesas. Luego tuve una reivindicación con mi tono de piel, con mis raíces y sobre quién soy, y ahí decidí leer a Chimamanda Ngozi Adichie, a Toni Morrison, a Mary Grueso. Es decir, siempre he leído a mujeres, me siento orgullosa de haber leído mujeres. Actualmente, soy fan de Dan Brown y de toda su saga de Robert Langdon, y también de las novelas que tiene por aparte.

Siempre he tenido influencia femenina a la hora de leer, y son esas influencias las que me han hecho lo que soy. Hay una frase que utilizo mucho, no sé de quién es, que dice: “soy lo que he leído”, y eso lo aplico, no solamente en mi obra, sino también en mi vida. Sigo mucho los modelos y los mensajes que transmiten mis autoras favoritas.

Tu novela Azabache: Crónicas de Antonia, si bien está enmarcada en el registro de la novela histórica, no transcurre en Inglaterra en el siglo XIX como la saga Westhampton, sino en San Basilio de Palenque en los años 50's ¿Qué te motivó a dar este giro?

A nosotros todo el tiempo nos están vendiendo que lo negro está mal. En las películas vemos que el negro es el que muere primero, el negro es el que roba, es el que está en los barrios marginales, el negro solamente hace rap, no puede hacer otro tipo de género, el negro solamente baila hip hop, no puede bailar ballet, ni otra cosa, o son las negras las que hacen de muchacha del servicio o de personas esclavizadas. Todo el tiempo no están diciendo que lo negro está mal, y que lo blanco es lo contrario. A mí no me hablaron de Benkos Biohó en el colegio, a mí no me hablaron de nuestros verdaderos héroes, para nada. Están

totalmente invisibilizados. Esa es la representación que nos venden, no solamente en el medio audiovisual, sino también en el literario. Por culpa de eso tuve la necesidad de escribir sobre países colonizadores, como Inglaterra. Era algo que me hacía sentir cómoda. Pedí perdón, me pedí perdón a mí misma y a mis raíces, y a mis ancestros, y a mis Orishas, por haber negado tanto de dónde vengo, por haberme sentido avergonzada de dónde vengo. Azabache es una forma de pedir perdón por esa negación. Soy consciente de que esa negación no es culpa mía, pero de todas maneras sentí la necesidad de pedir perdón y hacer un llamado, ser una voz de algunas que ya no están, y de llevar un mensaje: ahí está San Basilio de Palenque, y que gracias a nuestros ancestros nosotros estamos aquí. Por eso di ese giro, sentí la necesidad de tener una voz para toda mi gente de Palenque.

En esta nueva novela tocas temas como el rol de la mujer, el abandono materno, y referencias muy marcadas de la cultura palenquera. ¿Qué te proponías con la manifestación de estos elementos?

Fíjate que en Azabache la protagonista se llama Antonia Pérez Tejedor, mi bisabuela. Hay muchas escenas que me contaba mi abuela que le pasaban a su mamá y digamos que en Palenque había unas costumbres y unas tradiciones que vulneraban los derechos de la mujer y que hoy en día no es así porque hubo muchas mujeres que dijeron basta, no porque hubo un cambio de pensamiento a lo largo de los años, no, los cambios se dan porque hay gente que dice basta. Azabache es eso, la historia de mi bisabuela, de cómo era ser una mujer palenquera en los 50, de cuáles eran las brechas que atravesaba con respecto a los hombres, cómo pensaban en ese momento las personas en Palenque, y hacer un contraste de lo que es Palenque hoy en día.

Voy a seguir hablando sobre Palenque, Azabache no tiene fin. No tenía como propósito demostrar algo en concreto, sino para



decirte: hoy nosotros existimos, por qué tuvimos ese asentamiento, por qué Palenque está prácticamente escondido detrás de los Montes de María, quiero contarte por qué somos así.

Cuéntanos de tu experiencia en Wattpad, ¿qué te llevó a publicar en esta plataforma y cómo ha sido tu experiencia como escritora?

Mi experiencia en Wattpad fue más que todo en la adolescencia, por una amiga que se llama Dayana Cuesta que me dijo “deberías publicar tus libros aquí”. Al principio tenía muchísimo miedo, pero estoy muy agradecida con la plataforma porque me permitió tener un público que me decía “si decides publicar, te compro”. Fue el público que me cobijó y por el que me atreví a autopublicar, es gracias a ese público que estoy aquí. Ese público ha crecido mucho, hoy en día son diez mil seguidores, y estoy muy feliz con lo que he logrado allí.

¿Crees que Wattpad ha sido un trampolín para dar a conocer tu trabajo y conectar con un público más amplio?

Sí, ha sido más que todo un trampolín, la oportunidad de formarme, de ver cómo otras personas perciben mis historias, y de entender que son totalmente válidas todas las opiniones. Anteriormente, me ponía a llorar muchísimo si a alguien no le gustaban mis historias, pero entendí que la literatura y el arte son eso. Las historias no son para todo público. Hay historias que a mí no me gustan y está bien. Entendí que, si hay personas que no les gusta, y cuando me escribían que no les gustaba, no significaba que yo estuviera haciendo un mal trabajo, sino que simplemente no era lo suyo, y también Wattpad me permitió madurar en ese sentido.

Hoy en día la plataforma ha tenido unos clichés con respecto a las historias que se publican allí. Entiendo las dinámicas y lo que busca la plataforma con las historias que se publican, no comparto muchas cosas, pero siempre voy a estar agradecida por haberme formado, y haberme brindado un público que me dijo “eres escritora y quiero tener tus historias en mi estantería”.

Muchas personas en el mundo literario tienen prejuicios con la autopublicación. Cuéntanos tu experiencia y lo que les dirías a los críticos.

A mí personalmente no me fue bien con una editorial, no quiere decir que todas las editoriales sean así, simplemente, cuento mi experiencia y no me gustó. Cuando se venció el contrato decidí autopublicar. Uno de los contras que tiene la autopublicación es que la gente no te toma en serio, las personas creen que porque tú te autopublicaste no tienes talento. La autopublicación me ha permitido estar en espacios que nunca pensé estar, por ejemplo, la Feria del Libro de Santa Marta, Feria del Libro de Mompóx, Lab Macondo con Netflix Colombia y la Academia Colombiana de Cine, la Feria Latinoamericana del Libro de Cartagena, conversatorios a nivel nacional, etc. Además, con Azabache, la autopublicación me permite tener regalías del 70% y me permite tener dominio de todos mis derechos. Con la experiencia en el Lab Macondo entendí que no tengo que ser una bestseller para que, quizás, pueda llegar a Netflix, sino que tengo que creer mucho en mí y trabajar muchísimo.

Esto de la autopublicación es duro, porque tienes que hacer todo tú. Tienes que buscar un editor, diseñador, a alguien que diagrama, que haga corrección de estilo... es una inversión muy grande y puede que nunca recuperes la inversión. En mi caso te puedo decir que le he invertido mucho al mundo digital, sobre todo en Kindle, y me ha ido muy bien. Soporté a mi familia en pandemia con mis libros digitales. Entonces, creo que sí se puede, solo que hay que formarse, hay que entender muchas dinámicas, hay que dejar de lado muchas cosas, pero sí se puede. 📖

NOS TAL GIA DE AGUA SA LÁ

Selección
DE poesía
cartagenera

**María A.
Buelvas Badrán**
Principio de magia

Quien sospecha que alguien
tiene mal de ojo,
hace que se le descomponga
el ojo a ese alguien.

Quien desconfía del río
lo hace sonar
aunque piedras no lleve.

Así funcionan los hechizos.
La hechicera dice:

Sapo, ahora eres una piedra.

Y el sapo se confunde
se pregunta qué es ser un verdadero sapo
se acurruca en sí mismo
y se lo lleva el río.

**Wilfredo Esteban
Vega Bedoya**
Vicenta

Quince días sin saber de ti.

Este sábado tampoco escucho las ruedas
del coche de bebé pregonando:
“Bollo limpio, bollo e coco,
bollo e mazorca”

Hace poco a sus sesenta años
aún los cargaba en su cabeza.

Coronada, su prieto rostro
pregonaba el alimento
compañero del café.

Décadas de ofrenda
para el desayuno
nuestro de cada día

Allí va la abuela
más grande los ojos
más pequeñito el cuerpo
más lento el paso
recibiendo el saludo
el aplauso de los niños
en el escenario de la cuadra.

Le insisto a Margoth, la también nana,
abuela de la casa:
¡Cuidado, Vicenta no me deja los dos
bollos del mañana!

Vuelvo a estar inquieto
son las diez
algo en mí empieza a enfriarse.

Allá a lo lejos como un rayito de sol
brota tranquila, como si nada,
como si fuera normal llegar
tarde a esa edad.

Pregonando
cantando
riendo
me entrega el alimento
abrigado en la noche
de sus manos.

**Ana Victoria
Padilla Onatra**
*Calamar volando
en la superficie del cielo*

*Para la niña que una tarde de agosto,
frente a las playas de las Tenazas, me dijo:
«Yo nací para volar cometas»*

Todos los años
cuando llegan los vientos de agosto
de las profundidades del océano
calamares, tiburones
pulpos y medusas
salen secretamente en un hilo de agua
a sobrevolar los cielos

En el campo y las ciudades
niños y adultos se dan cita
para verlos

Es entonces cuando elevan sus cometas
y saludan a aquellas criaturas
que danzan y danzan
casi como nadando al *vaivén* del viento

**Juan Felipe
Guevara Loevel**
Aguamala

La marea arrastraba docenas
que en la arena
formaban una larga alfombra azul translúcido
¿Quién será el causante de tan mortífera belleza?
pregunté extasiado

Presto me acerqué a una de sus muchas partes
observé con sumo cuidado
y noté mi reflejo en el cuerpo blando
Pregunté esta vez
¿Acertó en verdad quien a todas las cosas
nombre provee?

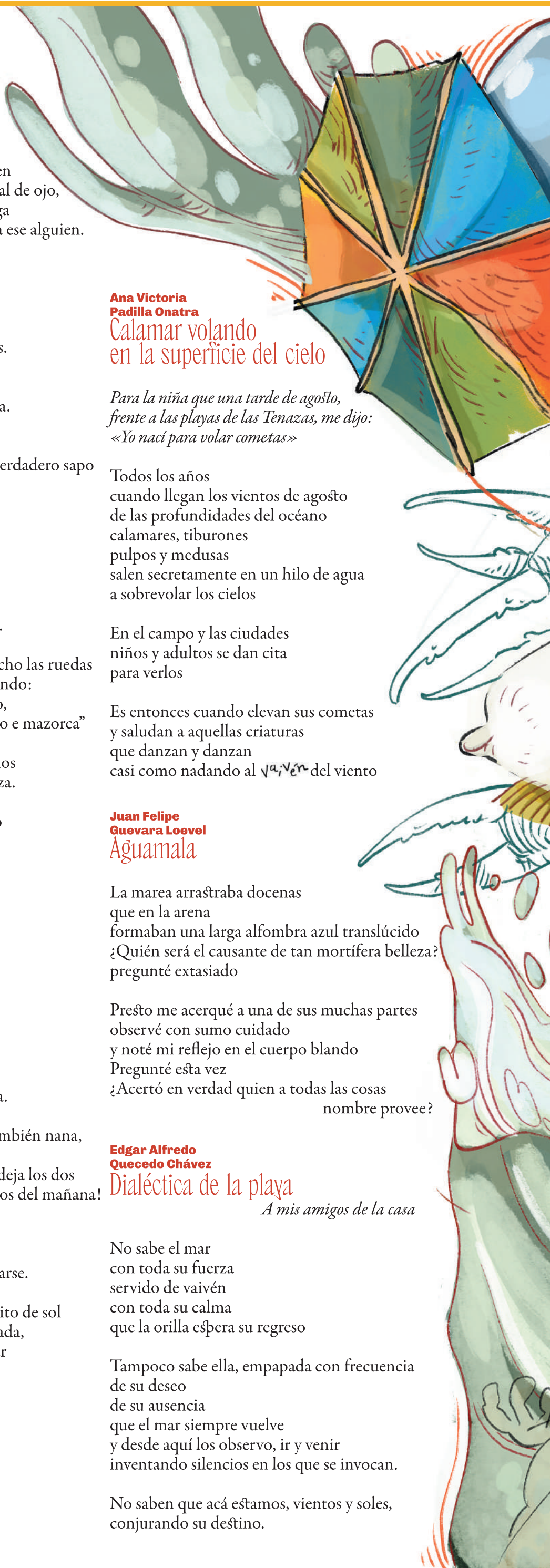
**Edgar Alfredo
Quecedo Chávez**
Dialéctica de la playa

A mis amigos de la casa

No sabe el mar
con toda su fuerza
servido de vaivén
con toda su calma
que la orilla espera su regreso

Tampoco sabe ella, empapada con frecuencia
de su deseo
de su ausencia
que el mar siempre vuelve
y desde aquí los observo, ir y venir
inventando silencios en los que se invocan.

No saben que acá estamos, vientos y soles,
conjurando su destino.



**Hailher
Salcedo Pérez**
El pescador

La madrugada despierta, liberadora de cargas en la orilla del mar, los pescadores se preparan y alzan la bruma matutina que envuelve sus figuras solitarias, mientras el sol, poco a poco calienta sus frentes. Las busetas ya pasan y el bullicio se hace más fuerte; los fantasmas nocturnos huyen de las murallas, y yo, sentado, observo.

El Pescador es símbolo de algo más allá de lo tangible, algo divino o trascendente. Está dispuesto a dejar su esencia más profunda para alcanzar su sueño; pone su propio corazón como señuelo, con la esperanza firme de pescar a Dios. Desde el otro lado, digamos desde la mañana morada o desde el cielo, Dios también es un pescador. Él pone el señuelo en el corazón del hombre y de la mujer, desde que apenas es un embrión, y se mantiene allí, levitando en el vacío, paciente, como una pregunta inquietante.

El pescador ha lanzado su corazón al mar
Con ciega fe de pescar a Dios
Mientras su canto se ahoga en la mañana
Dios se pandea en la arena.

**Diana
Ríos Londoño**
De mi infancia

De mi infancia recuerdo
Un cementerio de cangrejos azules
Alumbrado por las luces del jeep

Cuando los mayores reían
del centenar destripado por sus llantas
yo memorizaba el crujir de su muerte
estremecida

Todavía cede la sensación
al escuchar el golpe de llantas de los carros
sobre el asfalto bifurcado en la Avenida del Lago

Acordarme de ir a tu lado
ese ruido repetitivo
ese desangramiento de memorias

Fabiana Rivera Mejía
Raíces en el patio

En el patio de mi casa, el sol carboniza
las hojas del almendro,
solo hay un pedazo de suelo polvoso
rodeado de ramalazos,
ahora las moscas zumban sobre aquel
vientre putrefacto

El patio contempla
la osamenta de animales
que poco a poco se disecan
mientras las carroñas esperan
ansiosamente por sus vísceras.

Yo soy la hija que cae del árbol.
la semilla debajo de la tierra.
el reflejo expreso de mi abuela:
“Mijita, este patio soy yo misma”.

**Edgardo Manuel
Díaz Osorio**
Cantaleta

Ya te he dicho que no pienso
limpiar mi cama
dejaré que el roble de la ventana
siga mandando sus virutas y flores
como un mensaje de amor, un intento
natural del árbol
para echar raíces en mis sueños

Vuelvo y te repito
que no vale la pena mover las cosas
De todas formas, el sol y la sombra
llegarán siempre a los lugares señalados por
el tiempo

Tu casa no se llenó de bichos por mi culpa
Deja ya esa cantaleta.
Cuando murió la cucaracha o la lagartija
lo único que podíamos hacer era ofrecerles
un funeral
Dejar que las hormigas se las llevaran
regresarlas al resquicio de donde vinieron.

**Dalgi
Mosquera**
Ojo de culebra

Levito desnuda entre los árboles de caucho.
Mudar la piel sobre otra figura,
es un deseo horizontal.

Algunos manglares son el paisaje,
mis escamas se camuflan,
los ojos esperan.

Ésta cacería,
digita en las cavernas
donde la palmera ha sido invitada.

Crearé con sus cabellos, una ciénaga.

Palpita mi piel vacía
con sus huesos antropoides
y susurra conjuros
que contienen la imagen de la
entidad-palmera.

Bailo ,
mis puntos cardinales
dibujan sus dedos.

Me arrastro entre la hierba y
sangro,
colores viscerales
alimentan algunas flores.

¿Siente acaso la entidad-palmera
cómo mis entrañas recorren sus ojos,
también de reptil?
La selva me está creciendo dentro.
Me está devorando.
Aquí habitan las hojas y los mosquitos,
la constricción del pensamiento.



EN
TRE
VIS
TAJosé
Covo
Meisel“El arte nos
permite la intuición
de la coherencia”

José Covo Meisel es escritor y artista. Nació en Cartagena en 1987. Ha publicado las novelas *Los laureles del vencido* (Planeta, 2023), *Cómo abrí el mundo* (Planeta, 2021), *La Oquedad de los Brocca* (Caín Press, 2016) y *Osamentas relampagueantes* (Caín Press, 2015). A través de su escritura aborda la fragilidad de los conceptos y las fantasías con los que se negocian, entre los miembros de la especie, el problema del estar-aquí. Fue pintor antes de escribir cualquier cosa, soñador lúcido antes de empirista, y cree que el agua le entra al coco desde un adentro más interior.

Sus novelas invitan a una profunda reflexión sobre nuestra existencia en el mundo. Explora temas como la identidad, la memoria, la muerte y el paso del tiempo, planteando interrogantes sobre el significado de estar vivos

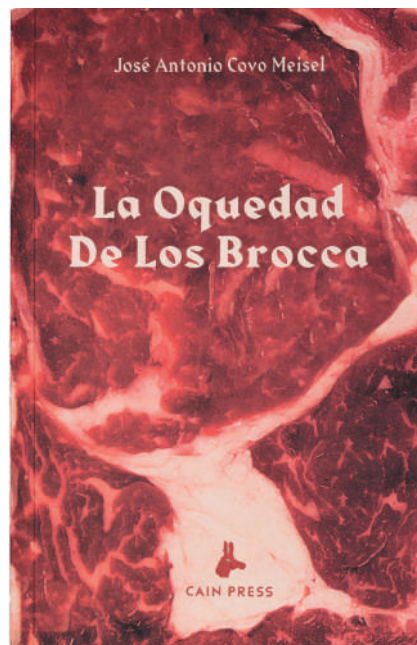
en un universo incierto.

Su formación como pintor se refleja en su escritura, donde la imagen y la metáfora visual juegan un papel fundamental. Covo utiliza un lenguaje evocador para crear atmósferas oníricas y llenas de simbolismo. En sus novelas, las drogas no son un mero elemento decorativo o un recurso para generar intriga. En cambio, se convierten en un catalizador de procesos internos, un medio para explorar las profundidades de la psique humana y cuestionar los límites de la percepción.

Conversamos sobre su obra, sus ideas centrales y cómo las materializa en su proceso creativo.



Osamentas relampagueantes
Caín Press
2015



La Oquedad de los Brocca
Caín Press
2016



Cómo abrí el mundo
Planeta
2021



Los laureles del vencido
Planeta
2023



¿En qué medida la novela *Osamentas relampagueantes* funciona como una especie de precuela para las novelas posteriores *Cómo abrí el mundo* y *Los laureles del vencido*?

Puedo establecer una especie de cronología, que puede resultar interesante en este caso. Yo intenté escribir el mismo libro varias veces y cada vez el resultado fue distinto. Como parte de mis dificultades mentales que narro sobre todo en *Los laureles del vencido*, de cómo fui cayendo en cuenta de cosas que me limitaban mi percepción de realidad, y que fui reformulando y ganando en lucidez, esas distorsiones estaban muy presentes en *Osamentas relampagueantes*, que lo escribí a los 26 años. Tenía muy poco tiempo haciendo terapia, trabajando en esa ortopedia de la percepción. En *Osamentas* doy rienda suelta a todo ese lado psicótico que yo tengo todavía, que se me sale en los sueños, en la literatura, en los pocos poemas que he escrito. En *Osamentas* recuerdo tratar de hablar de mí mismo y me salió eso. Me sale esa cosa delirante, desenfrenada, esa cosa que da un poco de vértigo leer. Luego, en *La oquedad de los Brocca* exploro un núcleo psíquico muy profundo que es la violencia y la auto violencia. Es un libro que yo considero peligroso para mi propia identidad, es un libro que cuando lo escribí me quedé muy pensativo durante muchos días, decía ¿yo tengo todo eso por dentro? Con *Osamentas* y con *La oquedad* como que despejé eso,

boté lo que tenía que botar, que al mismo tiempo lo iba haciendo en la terapia. Luego, leyendo más literatura del canon literario propiamente dicho, menos ciencia ficción que era como mi interés inicial, de repente encuentro que puedo hablar sobre mí sin angustiarme tanto.

Claramente hay una línea que se puede trazar, siento que *Los laureles del vencido* es un libro que ya marca una dirección distinta. Pienso que se pueden coger los tres primeros, incluyendo *Cómo abrí el mundo*, como estos libros vertiginosos, rápidos, delirantes. En *Cómo abrí el mundo* está la bisagra para llegar a *Los laureles* que es un libro más pausado, reflexivo, triste más que eufórico, aunque también tiene ese humor oscuro por momentos, que también es como un paliativo necesario para poder hablar de esas cosas que son tan dolorosas y difíciles de tratar.

¿Cómo fue la experiencia de utilizar tu propia vida y entorno como materia prima para tus relatos?

El principal reto para escribir autobiografía, o autoficción, es la honestidad. La honestidad es mucho más profunda, y mucho más difícil, que simplemente tener la intención de decir la verdad, que es como normalmente entendemos la honestidad. Al escribir un libro sobre ti mismo, sobre todo cuando hay cosas que te dan vergüenza, cuando te dan culpa, que has hecho cosas violentas contra los demás, cosas que en verdad no te gusta recordar tanto, el problema es la honestidad. ¿Cómo hago para ser honesto, para ser genuino,



para no decir mentiras? Porque uno espontáneamente quiere maquillar ciertas cosas o de pronto dar alguna versión que sea un poco más agradable para el lector, o que no lo deje a uno tan mal. Desde el inicio traté de ser lo más honesto posible, en lo que es posible. Porque digamos, uno de pronto intenta y no llega, eso es otra cosa. Uno también tiene que estar en una disposición que es anterior a la escritura, tiene que estar en un lugar en tu vida en que seas capaz de ser honesto. Además, parte de la honestidad es ser justo. Ser honestos y ser justos, que la justicia es como una extensión de la honestidad, y todo eso depende de haber tramitado mucho ese dolor, esos resentimientos contra uno mismo, contra los demás. Haber tramitado eso, haber crecido, sanado, contextualizado eso de una manera más amplia. Para escribir este tipo de libros, hay que haber hecho un trabajo de reflexión, de introspección, y en mi caso, de terapia, incluida la farmacoterapia, medicamentos que todavía tomo.

Volviendo a los libros, el reto principal es la honestidad. ¿Cómo ser honesto? ¿Qué trabajo tengo que hacer en mí mismo? El trabajo de llegar a esa honestidad es un trabajo de la vida en general. Tienes que vivir de una manera que te lleve a la honestidad, es lo que yo diría. Aquí, otro pequeño inciso: yo pienso, y eso lo desarrollé en mi trabajo filosófico que espero publicar en un libro con varios textos, el próximo año. Uno no piensa con la mente, uno piensa con la vida entera, se podría decir que uno piensa con el desarrollo de su vida y que el pensamiento es una cosa orgánica que se va desplegando a medida que uno va avanzando. Entonces, el pensamiento es mucho más fundamental que simplemente lo intelectual, que simplemente los razonamientos lógicos ABC. Hay una cosa general que uno vive, ese concepto que uno tiene por dentro lo vive, lo despliega.

En una entrevista mencionaste la influencia de Hegel en tu trabajo. ¿Podrías profundizar en cómo las inquietudes filosóficas hegelianas se manifiestan en tus proyectos actuales y por qué crees que Hegel ofrece un marco conceptual tan adecuado para abordarlas?

Mis principales influencias son Hegel, Freud y Darwin. Mezclo esas tres corrientes, también hay otras cosas: Lacan, Heidegger. Obviamente, uno no lee a tres autores y ya, uno lee una cantidad de cosas, pero estos tres son muy importantes para mí.

Me interesa la estructura conceptual y cognitiva de Hegel. Lo que decía de cómo la vida es el despliegue de un concepto viene de Hegel. Para Hegel, la historia es el despliegue por etapas de un concepto. También me interesa mucho de Hegel un tema que no se discute tanto por los hegelianos: la lucidez y la conciencia, y de cómo nos ubican en puntos específicos, desde donde observamos la compleja estructura del mundo humano. Es importante ver cómo nuestros lugares en el mundo determinan la manera, anterior a la producción del pensamiento, en que vemos la realidad. Hegel nos obliga a situarnos en el mundo, a revisar: ¿será que yo pienso esto simplemente por haber nacido de esta manera, con esta gente? ¿O será que yo pienso de hecho porque simplemente estoy razonando libremente?

Freud nos lleva a analizar el inconsciente, la psicología, que es muy importante. Yo creo que, en este punto, si a alguien le interesa estudiar filosofía tiene que estudiar psicología, porque ya no estamos en ese paradigma de que la razón es una estructura independiente de la mente, sino que cualquier persona está implicada en lo que está pensando siempre. Si tú eres alto, bajo, gordo, flaco, rico, pobre, mujer, hombre, esa condición está implicada en todo lo que tú piensas. Entonces, también los traumas, las distorsiones cognitivas, todo eso determina lo que piensas. Básicamente, el concepto que para mí engarza a Hegel y Freud es la fantasía, que es un concepto más de Lacan. ¿Qué fantasía me moviliza a mí? Yo me considero un vencedor, mentalidad de tiburón; entonces veo a todo el mundo así, a través de cosas por lograr. O yo tengo mentalidad de víctima y todo es un gran problema que injustamente me cayó a mí y tengo que sufrir mucho. Todos tenemos una fantasía y esa fantasía se puede modificar. Y eso es anterior a la producción de ideas. Reflexionar sobre eso es importante y eso es gran medida de lo que hago en mi trabajo de pensamiento. Desde *Osamentas* está eso.

Y Darwin nos lleva a pensar cómo tenemos remanentes de la antigüedad, de cuando éramos homínidos. Hay partes del cerebro que se preservan más o menos sin muchos cambios, y hay una partecita muy nueva del cerebro que es la corteza prefrontal, que tiene como 4 milímetros y eso es lo que nos distingue de los otros primates. Entonces, en esos 4 milímetros están la cultura, las matemáticas, la literatura, pero también la guerra, las armas nucleares, lo bueno y lo malo, todo lo que nos distingue. Estudiar a Darwin y al evolucionismo en general nos lleva a comprender cosas que son fundamentales y nos ayuda a entender fenómenos sociales de una manera más esencial, recordando que somos animales.

En Los laureles del vencido, el protagonista emprende una búsqueda incansable de la verdad. ¿Cómo definirías tú la verdad que busca el personaje?

Cuando era muy joven, tenía esa fantasía de que había una verdad. Uno establecía un orden de las cosas. Primero está la apariencia, la realidad como se supone que es, como nos han dicho que es, como parece a la percepción. Pero si uno se esfuerza y hace esa excavación, esas deducciones, puede penetrar esa apariencia y llegar a la verdad. Eso es lo que yo pensaba. Entonces, con las drogas, de repente, tú te tomas un ácido y se te distorsiona toda la percepción, y te das cuenta de una manera muy profunda que la realidad es una construcción de la mente, que tus sentidos no son la realidad objetiva, sino que se está construyendo esta imagen y que puede funcionar mal, que puede tener un *glitch*. En el caso de *Cómo abrí el mundo*, sentí que llegué a una verdad. Cuando uno siente que logra esa lucidez extrema, eso normalmente es enfermo. Y luego, con el tiempo fui estudiando más y básicamente fui llegando a estas verdades parciales: de cómo juzgar las cosas, cómo somos nosotros, cómo somos animales, cómo somos muy empáticos, pero mucha gente muy egoísta. Y tenemos nuestra fantasía y nuestra psicología. Y si tú estudias, por ejemplo, los diferentes diagnósticos que existen en psiquiatría, puedes empezar a interpretar la sociedad y a la gente como teniendo ciertas tendencias de ciertos diagnósticos. La mayoría de la gente no cumple con un diagnóstico específico, pero tú puedes ver ciertos rasgos de narcisismo, cierta vulnerabilidad emocional que es como una tendencia a la bipolaridad sin tener el trastorno. Uno estudia esas cosas, psiquiatría, psicología, y va viendo el mundo así. Y uno entiende que la gente tiene sus condiciones, así como tenemos condiciones físicas, tenemos condiciones psicológicas que se pueden trabajar. Ese es el tipo de verdades con las que me he encontrado.

El escritor argentino Andrés Rivera sostiene que es necesario distinguir entre verdad y realidad, y que el terreno de la literatura es la verdad. ¿Cómo concibes tú esta distinción en tu propia obra?

Lo último de filosofía que escribí se llama *Vida y vivir*. Ahí hago una distinción entre vida y vivir. De pronto tiene cierta simetría con lo que dice Rivera de verdad y realidad, porque el vivir es esto que estamos aquí, el andar de las cosas, la práctica. Todo es como incoherente, un desorden. Si nosotros quitamos los conceptos, esto sería una entropía y un desorden; nadie entendería nada. El vivir es incoherente pero expresable; todo el tiempo estamos expresando el vivir. En cambio, la vida es coherente pero, en última instancia, es inexpressable. La vida es este reino, este lugar de la experiencia que está en la mente, donde están los conceptos, las fantasías, todo lo que nos organiza este andar arbitrario de las cosas. Nos organiza y nos da una malla, unos parámetros para interpretar. Ahora, como tengo unos conceptos en la cabeza, entiendo la pregunta que me acabas de hacer. Te veo en la pantalla y entiendo que eres un ser humano. Fíjate, a veces

con las drogas se nos quitan esos conceptos y percibimos el ruido de la realidad; ese es el vivir llevado al extremo. Normalmente estamos en la realidad, y la verdad, que en última instancia es un punto de abstracción infinito, es especulado, hipotético, pero desde ese punto que a veces llaman Dios, baja la abstracción como tal, la organización, la coherencia, y va bajando por niveles. Hay niveles más organizados. Por ejemplo, si pensamos en conceptos como la justicia o la libertad, son tan grandes que a ti te dicen libertad y puedes entender mil cosas distintas. Entonces, va bajando esa coherencia y va como organizando nuestra imaginación, que la imaginación es una fuerza que plantea posibilidades. En cambio, la inteligencia, como la planteo, duda, es una fuerza negativa. Entre la inteligencia y la imaginación vamos organizando el mundo. Podríamos decir que la imaginación es más del vivir, porque es simplemente un flujo de la mente, como los surrealistas: una imaginación suelta sin tanto concepto. Y la inteligencia es ese punto de coherencia que baja de esa infinitud que es impensable, pero nosotros, especulando, organizamos el mundo. Entonces sí, pienso que hay literatura más del vivir y literatura más de la vida. Yo la llamaría literatura vivida y literatura vital. Entendida en su extremo, la literatura vivida es ruido; en su extremo lógico, que no deberíamos llegar a los extremos lógicos en general, y la literatura vital, en su extremo, es la pura idea, como Platón: la pura forma, y eso ya no es lenguaje. Pienso que es una manera muy útil de comprender las cosas, como un registro abstracto y un registro concreto que se relacionan y ahí surge como que nuestra percepción de la realidad.

Como artista y escritor, ¿de qué manera tu experiencia como pintor enriquece y transforma tu escritura? ¿Cómo se manifiesta esta interrelación en tus libros?

En la pintura hay una clara preocupación por el lenguaje, por el sentido. Esa preocupación está muy fuerte en todo lo que hago en general: la pregunta por el sentido, por quiénes somos, qué lugar ocupamos dentro de este cosmos. En la pintura, lo interesante es que, y esto lo digo en este libro de *Vida y vivir*, el arte, sobre todo el arte visual, es la expresión de una idea cualitativa. Lo cualitativo es la expresión pura sin conceptos, sin formas. Hay una idea cualitativa que no se puede enunciar como tal, que se expresa a través de la obra de arte. Cuando uno ve una obra de arte, uno intuye una idea por ahí atrás, y esa idea es coherente, pero no podemos mirarla como tal. Entonces, el arte nos permite la intuición de la coherencia; esa coherencia se nos devuelve y nos permea. Mucho del gusto por el arte es sentirnos coherentes, pues nosotros estamos en una lucha constante entre la coherencia y la incoherencia. Es muy feo sentirse incoherente; la incertidumbre es de lo que más da ansiedad. Es horrible la incertidumbre. Muchas veces, la gente prefiere una certidumbre, aunque no sea conveniente, a no saber. Todo el tiempo estamos tratando de llegar a la coherencia y nuestra vida es la lucha por llegar a la coherencia. Tratamos de que nuestra vida sea coherente, que tenga sentido, y el arte nos permite intuir eso, a los que nos gusta el arte, porque obviamente no a todo el mundo le gusta el arte. ■



REIVINDICACIÓN DEL CÓMIC CARTAGENERO

Durante el 2024 se conmemoran los cien años de la historieta en Colombia. Sin embargo, no podemos perder de vista un asunto crucial: la industria del cómic en nuestro país aún es incipiente y carece de una estructura sólida. Los autores nacionales, especialmente los noveles, se enfrentan a múltiples obstáculos en el desarrollo de sus proyectos. Entre ellos destacan la falta de financiamiento, la limitada distribución, la escasez de lectores y la dificultad para encontrar editoriales dispuestas a apostar por sus obras. En particular, los cómics independientes encuentran escasas oportunidades de publicación, lo que limita el crecimiento de esta forma de arte en muchas regiones.

A pesar de estos desafíos, un creciente número de autores está trabajando para visibilizar este medio y construir una comunidad de lectores más amplia. Cartagena no está exenta de estas dinámicas. En nuestro caso, un extraño, y alentador fenómeno se presenta. La falta de una industria formal no ha detenido la creatividad de los artistas cartageneros, quienes no paran de hacer cómics, ya sea para el mercado nacional o internacional, ya sea en formato impreso o digital. La ciudad cuenta con un gran potencial, hay una creciente comunidad artística y un público cada vez más interesado en nuevas formas de expresión.

“Aquí tenemos una infinidad de historias que se pueden contar en viñetas, lo que nos falta son más autores de cómic y más tiempo. Por supuesto que hay autores y autoras de talento increíble, algunos son mis amigos. Pero como hay que comer, trabajamos historias de otros y no tenemos tiempo para contar las nuestras. Ojalá tuviera el tiempo (y la financiación) para contar relatos basados en hechos históricos de Cartagena o ficciones históricas, relatos costumbristas y cotidianos o de los géneros que tanto nos gustan: ciencia ficción, terror, policial... Todas bajo el solazo cartagenero”. El que habla es Adrián Castilla, guionista y dibujante de esta ciudad, creador, junto con el escritor Jony Weis, del cómic de ciencia ficción y fantasía *Universo desconocido*, pensado como una serie para el mercado argentino, publicada actualmente por Webcomic Mutante. “Ojalá no sea yo el único que piense esto, que la demás gente que hace cómic aquí no vea a Cartagena como un lugar aburrido y sin historias que valga la pena contar”, agrega.

Ciertamente no es el único. Luisa F. Rojas, ilustradora, narradora y animadora cartagenera, se ha ganado un lugar en la escena nacional e internacional del cómic. En 2023 fue convocada por la editorial norteamericana Iron Circus Comics para participar en *El Príncipe Lagarto y Otros Cuentos Sudamericanos*, de la serie *Fábulas y Cuentos de Hadas*, una antología sobre fábulas y cuentos populares del mundo. Participa como autora completa con la historia corta *Sueños de Piña*, una fantasía caribeña donde una palenquera mágica le enseña a una niña que la historia puede cobrar vida. Su arribo a ese mercado no es casual. Inició su periplo en la historieta en 2018 con el muy buen recibido, y lamentablemente inconcluso, *Scorsese*, un Webtoon que narra la historia de una poderosa e importante familia de gánsteres en Victoriana, una imaginaria y retrofuturista ciudad inglesa. Gracias a la venta de un libro de bocetos de esa obra en el Festival Independiente de Cómic Colombiano (FICCO), el escritor bogotano Mario Mendoza conoció su trabajo y la invitó a participar en la exitosa serie de cómics *El último día sobre la tierra* (Planeta cómics), en donde dibujó los tomos 4 y 7 (*Los híbridos* y *Alimañas peligrosas*).

“Para mí, el cómic posee una gran fortaleza a nivel gráfico. La imagen enriquece muchísimo la narrativa. Sé que la literatura, al carecer de imágenes o poseer muy pocas, también tiene su valor, ya que incita a la imaginación. Sin embargo, considero que el cómic ofrece una forma distinta de contar historias. Por gusto personal, la imagen es fundamental para mí. El cómic logra un equilibrio perfecto entre texto e imagen”, nos cuenta Luisa Rojas.

El cómic no es algo nuevo en Cartagena. Algunos autores llevan 50 años dedicados a la historieta. Hallaron en este medio, y en su inherente libertad creativa, una herramienta poderosa para la expresión artística, que brinda la posibilidad

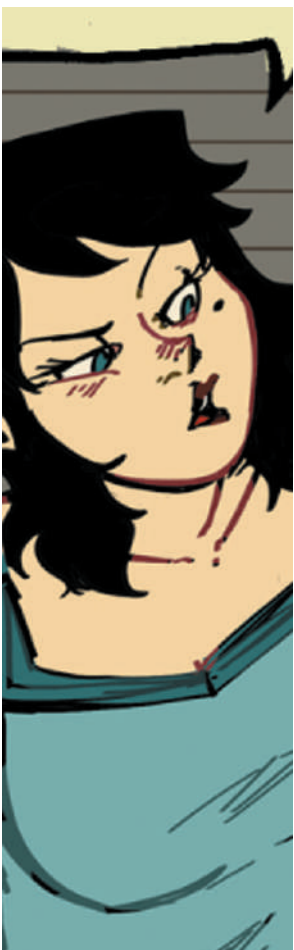
de experimentar con diferentes estilos y formatos.

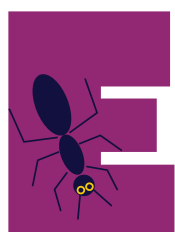
Tal es el caso de Alberto Sierra Martínez, creador de *El gran Camaleón*, cómic publicado en 2011 por Pluma de Mompox, donde recopila una serie de tiras cómicas creadas a partir de 1975. Su protagonista es un superhéroe cartagenero que se enfrenta a los males de siempre: corrupción, desigualdad y violencia. A pesar de abordar temas serios, el cómic no pierde el humor y la sátira. Es de destacar el trabajo de Fabián Tuñón Benzo, quien publicó entre el 78 y 79 unas tiras diarias en El Universal sobre diferentes temas y personajes. Participó como dibujante en la tercera y cuarta entrega de *El mundo de Aluna*, la historia de una heroína con superpoderes que transcurre en el siglo XV durante la conquista española, para la editorial norteamericana Tidalwave Productions. Otro autor destacado es el caricaturista Javier Covo Torres. Covo publicó una serie muy conocida de biografías, en clave de novelas gráficas, de personajes históricos como Julio César, Napoleón, Simón Bolívar, Picasso, entre otros. Su obra está marcada por un personalísimo sentido del humor y por el conocimiento profundo de los personajes que describe. También tenemos el particular caso de Arturo Castellanos Díaz, historietista autodidacta y apasionado por la historia cartagenera, combina su amor por el dibujo con su interés por personajes históricos colombianos como Benkos Biohó, Blas de Lezo o Jorge Eliecer Gaitán. Tras años dedicados a otras responsabilidades, ahora se dedica a autopublicar sus cómics, donde narra episodios clave de nuestra historia.

A pesar de los desafíos, la pasión por el cómic en Cartagena sigue viva. La escena está en constante crecimiento y nuevos talentos y proyectos independientes están surgiendo. A los ya mencionados Adrián Castilla y Luisa F. Rojas, hay que sumar a Richard Pérez Torres, quien actualmente realiza trabajos para la editorial inglesa Final Impact Comics. Su obra es una oda al horror, paisajes oníricos que nos transportan a mundos de pesadilla, donde lo bello y lo grotesco se fusionan en una danza macabra. De igual manera, hay que resaltar las propuestas de Hélène y Omar Pineda, ilustradores y diseñadores, recientemente publicados en el volumen 3 de la *Antología Gorgona*. El cómic *Súper Heroica*, creación de Jorge Zabaleta, Yojarson Robles y Samuel Mogollón, una heroína que debe luchar por mantener vivas las tradiciones cartageneras. Rubén Egea y su trabajo en la novela gráfica *El antagonista. Una historia de contrabando y color*. La obra de Sergio Zúñiga, estandarte del terror en las viñetas. El tándem de Simón Torres y Omar Rodríguez, que hacen zines con sus historias originales y *fanfics* (por ejemplo, *Saint Seiya: El nacimiento de Thetis*). Fran Arias y el cómic *TeenStrike*, una historia coming-of-age llena de acción y nostalgia de finales de los 90 y principios de los 2000. Las caricaturas de Emmanuel Vidal, o las tiras de Maya Toya, con sus personajes Abi & Rigo.

También son muy importantes iniciativas como la revista *Mapaná*, proyecto colectivo que busca impulsar la escena comiquera local, reuniendo a artistas de diversos estilos para crear una publicación de alta calidad visual. El proyecto *The Cartagenerian*, con Kike Sierra a la cabeza, colectivo de ilustración que reúne a las(os) mejores ilustradores de la ciudad, para rendir homenaje a Cartagena a partir de las portadas de una revista ficticia. Y el Festival de Caricatura e Ilustración del Caribe (Festival Ajá) que este año hizo su cuarta versión con gran éxito.

La comunidad de artistas que desafían las limitaciones del medio y crean cómics en esta ciudad crece cada vez más. Estamos en un momento clave. Por ello, resulta crucial fomentar la creación de espacios autogestionados donde los dibujantes puedan colaborar, intercambiar ideas y dar a conocer sus obras. Además, es necesario impulsar la aparición de pequeñas editoriales y librerías especializadas que fomenten el talento local y ofrezcan una mayor diversidad de títulos, para facilitar la producción y distribución de historietas. El futuro del cómic cartagenero es prometedor, tenemos que hacer que suceda.





En abril de este año se llevó a cabo la Feria del Libro Infantil de Bolonia (Italia), un evento editorial mundial que se ha celebrado por 60 años, reuniendo alrededor de 1.500 expositores de 100 países y regiones del mundo, quizás el más importante de la industria editorial y literaria infantil. Esta edición fue consciente de que la literatura es también un reflejo del presente y hay altas esperanzas depositadas en la literatura infantil en tiempos de crisis. Se hizo énfasis en que deben existir más libros capaces de dialogar con tiempos de conflicto, presentando temas globales a niñas y niños e inspirarlos a ser activos en la creación de un futuro sostenible.

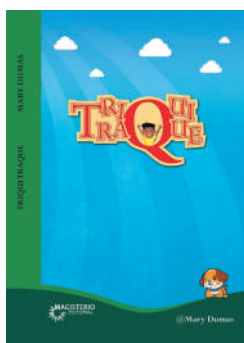
La literatura infantil es un campo creativo donde confluyen diferentes lenguajes y estéticas, ofreciendo un abanico de posibilidades narrativas que enriquecen la experiencia lectora de los más pequeños, abarcando desde las narraciones tradicionales hasta las propuestas más vanguardistas, como la poesía visual, historietas, o la divulgación científica. Lo cual refleja que el universo de la literatura infantil es amplio y flexible.

Tres autoras cartageneras, Nicole Sánchez Castillo, Leidy Ramos Escorcía y Mary Dumas, con diferentes registros e inquietudes, vienen nutriendo un campo que se ha ampliado exponencialmente en Colombia y en la región Caribe.

¿SE PUEDE HABLAR DEL CONFLICTO CON LAS INFANCIAS?

La idea de que es necesario que la literatura infantil se convierta en un puente que conecte a los más pequeños con las realidades complejas de nuestro mundo, es llevada a cabo por Nicole Sánchez Castillo, escritora y lingüista de la Universidad de Cartagena, en su libro *Belo: un héroe del campo*, ilustrado por Sofía Zabaraín Lara. “Este libro lo quise escribir porque a mí nunca me hablaron de esto en el colegio, no sé por qué nunca querían hablar del conflicto, era un tema prohibido. Yo no quiero que más niños crezcan como yo, sin información, completamente separados de esa historia del país, por eso decidí escribir *Belo*”. *Belo...* es una conmovedora alegoría, con paisajes maravillosos, animales feroces y corazones valientes, para hablarle a los niños del conflicto colombiano. A través de las aventuras de sus protagonistas toca temas como el reclutamiento de menores, el desplazamiento forzado, las minas antipersona, las aspersiones aéreas sobre cultivos ilícitos y el despojo de tierras.

“Le sigo apostando a la literatura infantil, sobre todo a temas sensibles porque he visto que en otros países tratan temas muy complejos en sus libros. Por ejemplo, puedes encontrar un libro sobre prevención de abuso sexual infantil, y Colombia está tan llena de temas sensibles que les harían la vida mucho más fácil a los niños si empezaran a entender esas cosas desde temprana edad. En la literatura infantil, por paradójico que parezca, me gusta meterme con temas sensibles y complicados porque así es este país”, nos cuenta la autora que se encuentra de lanzamiento de su nuevo libro infantil *¡Vuela alto, Emma!*, publicado de forma independiente e ilustrado por Mauricio Monsalve Ospina.



Triquitraque
Mary Dumas
2022



El sol ensortijado
Leidy Ramos
2022



Dónde viven los monstruos
Maurice Sendak
1968



Belo: un héroe del campo
Nicole Sánchez Castillo
2022

CREAR A NUESTROS REFERENTES

En el año 2021 la editorial Apidama Ediciones creó la *Colección Afro Infantil Dulce de Coco*, propuesta con la cual pretende dar un nuevo impulso a la literatura de mujeres escritoras afrocolombianas, que se suma a su anterior *Colección de Cuentos Ilustrados de Niños Afrocolombianos*, de 2011, donde publicaron a autoras de la talla de la escritora y poeta afrocolombiana Mary Grueso. En esta colección, la escritora y docente cartagenera, Leidy Ramos Escorcía, publica los cuentos infantiles *El sol ensortijado* y *El hada Alelé*, ilustrados por Vanessa Castillo Preciado. A través de su apuesta literaria, busca llenar un vacío en la narrativa. “Escribo literatura infantil porque los(as) niños(as) afro necesitan tener sus propios referentes en los cuentos”, dice en una entrevista la autora. Con sus cuentos ofrece a los niños afrocolombianos personajes con los que puedan soñar y aspirar, es decir, historias donde puedan reconocerse y sentirse identificados.

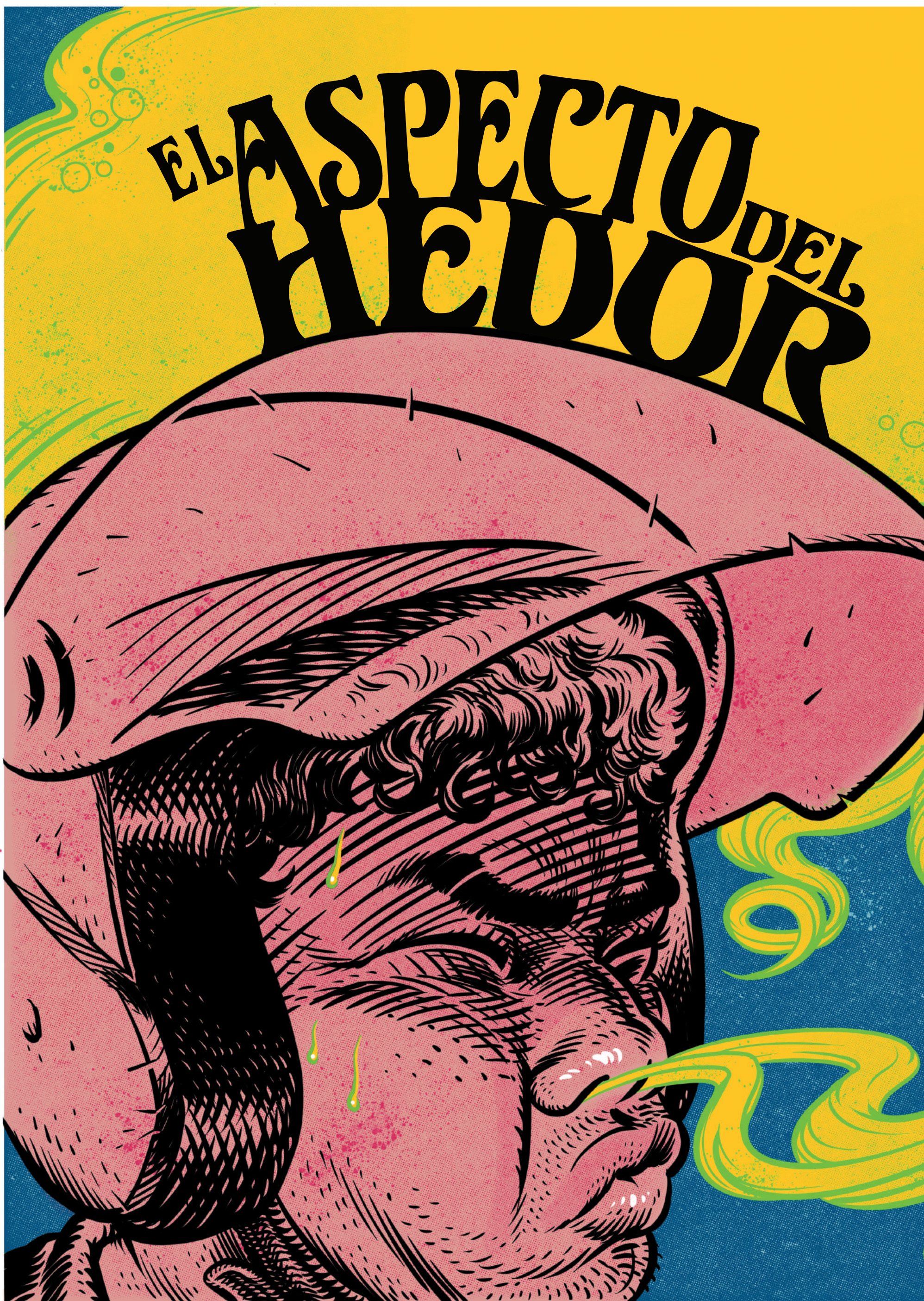
FORMANDO A LOS LECTORES DEL FUTURO

“La literatura infantil es fundamental en la formación de los lectores del futuro, los libros para niños y jóvenes no solo entretienen, sino que también educan, sensibilizan y fomentan la empatía”, afirma muy convencida la escritora Mary Dumas. Influenciada por las historias que le contaba su abuela, así como por las obras de Rafael Pombo, Jairo Aníbal Niño y Yolanda Reyes, nos cuenta que su objetivo es seguir creando narrativas que resalten la belleza y la diversidad cultural del Caribe colombiano, inspirando a las nuevas generaciones a involucrarse activamente en su comunidad. En sus escritos encontramos la esencia de nuestra región, expresada con humor y gran pasión. Mary Dumas ha escrito los cuentos y libros infantiles *María-mulata el ave que quiere ser estrella*, *Triquitraque*, *Catalina me vestía de azul*, *La ardilla Guillermina en el parque la Boquilla*, *Mayuyito se borra*, *El tesoro del pirata BarbaMico*, *Perikles en el parque El espíritu del Manglar*, entre otros. Cuenta que, como cartagenera, sentía un profundo compromiso con preservar la identidad de la ciudad. Deseaba inculcar en los niños el amor por

Cartagena desde sus primeros años de vida. Sus creaciones, dice, tienen ese objetivo, el de fomentar en ellos un fuerte sentido de pertenencia. “Mis obras son regalos que ofrezco a las nuevas generaciones, un regalo que nos permita soñar, imaginar y crecer”. Su último libro es *Triquitraque*, publicado por Magisterio editorial. Triquitraque es un niño carismático, que cada día tiene una nueva idea para pasarlo en grande, en compañía de sus amigos, profesores y familiares. La historia de *Triquitraque* es una celebración de la infancia. A través de sus vivencias, los niños lectores podrán identificarse con él y encontrar en sus aventuras un reflejo de su propia vida. El libro permite momentos de risa, emoción y aprendizaje, ya que Triquitraque, con su energía y curiosidad, nos muestra la magia que hay en cada día.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En una de las presentaciones de la Feria del Libro de Bolonia, el historiador y crítico Leonard S. Marcus se refirió a la evolución del libro infantil de la siguiente forma: “Inicialmente, los libros infantiles eran sobre mostrar a los niños como debían ser. [Maurice] Sendak[1] fue uno de los que combatió eso y mostró cómo los niños realmente eran. Lo que fue bastante liberador para los niños, al poder ver en un libro que no estaban solos”. En esta misma línea se inscribe el trabajo de las escritoras Nicole Sánchez Castillo, Leidy Ramos Escorcía y Mary Dumas. En desafiar la norma de los libros infantiles idealizados, y retratarlos tal como son, con sus miedos y fantasías, en llevar a cabo representaciones honestas que permitan a los pequeños lectores verse reflejados en sus páginas.





Por Hernán Grey Zapateiro

Jefferson Rodríguez le explicó al mototaxi el lugar de destino, regateó el precio de la carrera y se subió a la moto, cuando el hedor se apoderó de los aires como si de pronto una tapa invisible encerrara al barrio en un caldero de estofado. El Campestre ya había despertado por las jornadas tempraneras de aeróbicos y por las personas que trotaban en el interior y alrededor del campo de fútbol. Otros descendían desde los barrios vecinos buscando transporte en las limitaciones de las avenidas principales. El malestar se difundió en escupitajos legñosos, señalamientos a los cielos y cubrimientos de nariz contra las mangas de la ropa. El hedor no se perdía por ningún sitio. Parecía extenderse con rapidez al penetrar los hogares y edificios residenciales. Incluso el mototaxi, en la velocidad esforzada de su primera carrera del día, se detuvo una cuadra más adelante para escupir y llevar su mano guantada a la boca. El casco carecía de visera protectora, la cubierta interior mullida y ahuecada se le deslizaba por la apremiante gesticulación. “¡Maldito olor pa’ oler feo!”, insultó y retomó la marcha. Jefferson asintió con la cabeza y balbuceó algunas palabras inenarrables con las que apoyó al mototaxista. No llevaba casco. Durante la pandemia Covid19, el Distrito de Tránsito retiró el uso de casco en parrilleros para atenuar los contagios, aunque en dos años, su desuso se había perpetuado. En todo caso, no le resultó repugnante, ni le produjo mayor turbación. Se le hacía familiar, únicamente eso. Cartagena de Indias precisaba ese atributo, los hedores habitan en imponente variedad.

Después se desvió hacia el 20 de julio para evitar el semáforo, la calle ahuecada y destapada de la escuela Bertha Gedeón de Baladí. Quería aprovechar la pavimentada y desembocar directamente al Corredor de Carga de Mamonal, pero el trancón le impidió progresar. Sorteó por los espacios de los vehículos y se paró a la sombra de los trupillos. Un camión Chevrolet retrocedía ocupando el ancho de la calle. La carrocería de estacas agrupaba cajas plásticas con gallinas y pollos de granja. Aves aturdidas, arrinconadas y guarnecidas en su plumaje. Un hombre con chaleco reflectivo y paleta de tránsito salió para aguantar a los otros mototaxis. Detrás ascendían las bocinas, además el día intimidaba con ser tórrido y asfixiante, mientras el hedor adquiría a su alrededor propiedades casi palpables. Ahora sí sintió el aletazo del hedor corroer las fosas nasales y adentrarse por su esófago con cortos indicios vomitivos. Palpó la camiseta, pegó la nariz al hombro izquierdo, levantó la vista y enfocó a las aves de la primera hilera de cajas. Eran gallinas blancas con las alas embarradas, pequeñas y con el pecho desplumado. Luego se sujetó el cuello dándose repetidas palmadas en el centro de la clavícula. Sin embargo, el hedor lo untaba y lo abismaba en su origen.

Sin otra alternativa, Jefferson se apeó de la moto y vomitó sobre el andén. El camión giró, halló en reversa un espacio en el parqueadero interno, y el portón levadizo naranja de la empresa descendió rápidamente. La empresa, colosal con la fachada de concreto y las franjas rojas con inscripciones amarillas, se imponía en anchura y abarcaba la calle entera. El hombre con el chaleco reflectivo ingresó por el acceso de empleados. De inmediato, cesó el ruido aparatoso de las bocinas. Las motos y los carros retomaron la ruta. En cambio, el hedor perduraba sembrado muy cerca de ahí. Lo distinguió al desprenderse por encima de la techumbre de la empresa. Avanzaba pesadamente como la cubierta de un domo mantecoso, sucio. Cubría las cercanías y se extendía por encima de la Olímpica en dirección a la Bahía de Cartagena. Jefferson Rodríguez se sentó en el andén. La mirada amplia, temblorosa y absorta en

el hedor. Resultó ser una carrera fallida, y el mototaxi se largó al reconocer un malestar que sobrepasaba su humanidad. Mientras tanto el hedor descendía sobre las esquinas, se hacía más ligero, traslúcido hasta despiñarse por entero, pero altiro noqueaba en silencio, y se oían el reniego y la injuria, la carrañera ahogada y, en el caso de él, otra vez el vómito. En medio de los pies, los jugos amarillentos y los despojos de la cena. Era imposible aguantar más de lo mismo. No había desayunado y se le derretían las entrañas.

Y así y todo, se desprendió de la empresa una columna de vapores del color de la manteca renegrida. Esos vapores amarillos deshicieron las livianas motas de nubes, hendieron el imprescindible azul de enero. Tan desmesurado el contraste con el cielo tórrido, que rasgado por una grieta estrecha, asomó un trozo de tripa flácida, cruda y de un beige descolorido. Apareció arrinconada en un recuadro del cielo, pero daba la sensación que arriba, como si se tratara de una entapizada, convulsionaba, oculto, un organismo vivo y descarnado. Luego, también apareció el hombre del reflectivo por la puerta de empleados. Ahora, Jefferson reparó en la mascarilla y las botas Caterpillar que dejaban el rastro húmedo sobre el pavimento. Se ubicó en el centro de la calle, levantó la paleta de tránsito y tardó nada en armarse nuevamente el trancón. No tardó en levantarse el portón levadizo naranja y desaparecieron los camiones. Las carrocías de estacas agrupaban las cajas plásticas vacías, y el plumaje y los residuos de las aves enchumbados, se aglutinaban en las paredes de malla en octágonos dando la forma de una pasta grasienta y viscosa, como si lo hubieran despellejado vertiéndole agua hirviendo. Aún se fijaba en las huellas del hombre, cuando los vapores descendían y arrojaban el espacio con su pestilencia.

Entonces, el trozo de tripa se retorció y se desprendió de su punta carnosa, una lágrima oleaginosa del tamaño de un huevo de avestruz que al precipitarse contra el pavimento, produjo una onda expansiva feroz y con su impulso zarandeó y erizó a todos de los pies a la cabeza. En su estupor, Jefferson Rodríguez se perdió con arrobo en la forma de su vómito y la pasta grasienta en los camiones que no paraban de agitarse, y a los que se le había infundido vida. Hasta el confin de su vientre sintió el mismo palpito, y lo observó en el retorcijón que dobló al hombre del reflectivo de cabeza en el pavimento. Luego, cayó y gritó de dolor. Alrededor el malestar también se acrecentaba. El trozo de tripa eructó y se recogió en la grieta, cicatrizándose en una cremallera de azul plomizo. Mientras en la calle los residuos de los camiones se evaporaban, confundándose con los gases del eructo, el vientre de Jefferson y de todos, se henchían y a través de su ropaje rezumaba un líquido estuoso y blanquecino que los desformaba. Daban vueltas sobre las espaldas, enroscaban el pescuezo y la miseria de sus expresiones inútilmente hallaba solución en apagar el ardor que los consumía por dentro. En un momento, el aspecto del hedor que se apoderó del 20 de julio y el Campestre, surgió de los cuerpos desplomados, y en otro, también de sus estallidos que inundaron la mañana de un reguero de plumas blancas y de blandos espolones.



Vive en Cartagena de Indias con breves accesos al mundo ulterior. Egresado de Filosofía de la Universidad de Cartagena. Maestrante en Humanidades Contemporáneas. Docente de Literatura y Filosofía en Educación Secundaria. Narrador de corazón y entrañas descarnadas.



Por Nicole Sánchez Castillo

POR POCO

En honor a mi abuela Flor y mi abuelo Luis Carlos, para que su historia no quede en el olvido.

La sala de la casa parecía el interior de una tumba. Ya no se escuchaban ni los grillos, todo el barrio había quedado mudo. Estábamos a oscuras porque un poste de luz había estallado. Mi marido y yo no nos atrevíamos a movernos. Habíamos estado escuchando la radio en el sofá; él se fumaba un tabaco y yo bordaba. Cuando pasó, a mí se me cayó el tambor de bordado y me quedé viendo al piso. Yo temblaba y sudaba, contuve la respiración hasta que me mareé. Nunca supe bien cómo se sintió él, porque él no era de los que hablaban de sus sentimientos. Solo sé que estaba tan petrificado como yo. Uno creería que, en momentos así, uno saldría corriendo a buscar a sus seres queridos, pero no. El horror que va y viene de vez en cuando no le permite al cuerpo acostumbrarse a la huida; es artero, le deja a uno bajar la guardia y le hace creer que no regresará.

Pasaron varios minutos. Quince, creo yo. Cuando los animalitos volvieron a salir y se escucharon pasos en la calle, supimos que ya todo había pasado esa noche. Fue entonces cuando me acordé de que tenía hijos. Los tres estaban durmiendo en el segundo piso. De pronto, se me pasó por la cabeza la peor escena, una con la que aún tengo pesadillas. Con la primera lágrima rodando por mi mejilla, apreté la mano de mi marido y lo miré. Cuando las palabras por fin lograron salir, le supliqué: «Suba, Carlos. Suba, que yo no soy capaz. Yo no puedo ver que me hayan matado a mis hijos». Él se lo pensó unos segundos, porque, claro, él tampoco quería ver semejante cosa. No sé si fue por el cariño que me tenía, por el respeto al dolor de una madre o por probar su hombría, pero lo hizo. Se puso en pie y subió las escaleras con las rodillas meneándose como maracas.

Esperé lo que me pareció una eternidad. Su silencio no era garante de que todo estaba bien, pero tampoco era signo de lo contrario. Todo era incierto. Yo me puse de pie y me paré al pie de la escalera, hacia arriba solo se veía un hueco oscuro. «Así se va a ver mi desgracia. Con esta escalera soñaré hasta que me muera», pensé. Por fin, escuché sus pasos acercarse. Cuando se le asomaron las rodillas, extendí mis brazos hacia él, no sé ni por qué. Antes de que yo preguntara, él me dijo: «Están bien. Están dormidos, ni siquiera lo sintieron». A mí se me salió un suspiro y un grito de alivio. Me dejé caer de rodillas y mi marido se agachó para abrazarme. Ese día le dije que, con o sin su aprobación, me iba a ir de la ciudad y me iba a llevar a mis hijos. Que no aguantaba un día más. Le dije que a mí me aterraba cuando Carlos Andrés se volaba la reja para salir a jugar fútbol. Tenía ocho añitos. ¿Qué iba a saber él? ¿Qué iba a entender del peligro? Yo no quería que un día me lo alcanzaran en una balacera.

Al día siguiente nos enteramos de que todos en la casa de la esquina, a excepción de una abuelita que dormía en el último cuarto de la casa —el más profundo y alejado de la calle—, habían muerto. Quién sabe qué fue de la viejita, si quedó loca o qué. A lo mejor, algún familiar la acogió. Mi vecina de al lado me contó que unas personas y el sacerdote del barrio pasaron recoger los restos de las víctimas. Yo no era capaz de pasar por el frente, me daba miedo encontrarme un pie o un dedo. Con el paso de los días, solo se vio el mero escombros.

Yo, por mi parte, le di a Carlos quince días para solicitar el traslado en la empresa. Como no se lo dieron rápido, mis hijos y yo nos fuimos para Bucaramanga a donde mi hermana mientras tanto. Por allá estuvimos como un mes hasta que nos reubicaron en Villavicencio. Yo sé que otros no tuvieron tanta suerte. Muchos de mis conocidos tuvieron quedarse cruzando los dedos, otros se fueron a jugar fortuna en otras ciudades.

El sentimiento de haber dejado mi tierra es incomparable, es como si a uno le recortaran un pedazo del corazón con unas tijeras y luego se lo dejaran sangrando. Uno cree, con toda seguridad, que nunca la volverá a ver. Pero era irnos o esperar a que nos pusieran una bomba también. Yo sé que en este país bello y maldito la guerra llega a todos lados, que no hay escapatoria. Pero, como dicen por ahí, lo último que se pierde es la esperanza. Como toda madre, yo quería ver a mis hijos crecer, aun si para hacerlo me tocara ir contra viento y marea. El horror de la guerra nos respiró en la nuca, y por poco nos alcanza.

Barrancabermeja, 1992.



En 2020 publicó su primera novela, "Huellas de sangre". Luego publicó "Belo: un héroe del campo", un cuento infantil basado en el conflicto armado de Colombia. Su trabajo más reciente es la colección de cuentos cortos "Solo quedaron las cáscaras", publicada en 2023, inspirado en el Caribe colombiano y sus innumerables contrastes y problemas sociales. El relato que publica por primera vez El Laberinto del Minotauro es inédito



En los pasillos *serpenteantes* de El Laberinto
te encontrarás con este *engendro*:
¡la primera antología de cómics de Cartagena!

Síguele la pista a *la culebra* en
El Laberinto del Minotauro.